
Y EL MUNDO TEMBLÓ
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
Van S. SMITH

**Van S. Smith**

# Y el mundo tembló

Editorial Valenciana, 1962
Luchadores del espacio nº 210
Imagen de la cubierta: Lanzón

## Capítulo primero

La sorpresa de Arch Miles fue la de todo el mundo, el día que se hizo pública la presencia de un cuerpo celeste desconocido que irrumpía en el Reino Solar amenazando trastocar el equilibrio de las fuerzas gravitatorias que ordenaban el movimiento de los planetas, entre ellos la Tierra.

El día que esto ocurrió, Arch se encontraba disfrutando de licencia en el rancho de unos amigos en los alrededores de Seligman, estado de Arizona. Dos meses antes, en compañía del capitán Grinnell y una tripulación de hombres escogidos, entre los que se contaba el sargento Patrick Tucker, Arch había batido el récord mundial de permanencia en el aire; sesenta días, mil cuatrocientas cuarenta horas de vuelo sin detenerse a repostar, durante las cuales recorrieron un millón de kilómetros dando veinte vueltas completas a la Tierra.

Fue toda una hazaña, pero el mayor mérito correspondió al aparato que hizo que ésta fuera posible; un superhidroavión «Serok-S 50», el primer aeroplano de serie impulsado por la energía atómica, un largo sueño de la aeronáutica hecho al fin realidad.

Después de sesenta días de vuelo ininterrumpido, el elemento humano se rindió a la incansable máquina y su comandante decidió regresar a la base. El «Serok» pudo haber estado otros dos meses en el aire, pero la tripulación no estaba preparada para tan dura prueba. Al fin, ésta era suficiente para lo que se pretendía demostrar.

Después de su entrada triunfal en Nueva York, con la consabida lluvia de tiras de papel reservada a los héroes, la tripulación del *Seagull* fue internada en un hospital para una cura de reposo. Fue entonces cuando el comandante Miles trabó íntima amistad con el sargento Tucker.

Tucker, que procedía de una rica familia, insinuó a su comandante algo respecto a fugarse del hospital para acabar la cura de reposo en el rancho que su familia poseía en Arizona. Miles consiguió la debida autorización, trasladándose por el aire en compañía de Patrick Tucker a Arizona.

Arch lo estaba pasando magníficamente en el rancho de sus amigos cuando se vino a saber lo que hasta entonces se había ocultado como un secreto de estado. La indiscreción de un científico europeo vino a descubrir que el misterioso planeta errante, de origen extra-galáctico, iba precisamente a cortar en determinado punto de su trayectoria la órbita de la Tierra.

Lo que la masa del público entendió, fue que el desconocido vagabundo cósmico iba a entrar en colisión con la Tierra. La catástrofe era inevitable...

y el mundo tembló.

Por espacio de una semana, el mundo entero permaneció pendiente de la Prensa y las noticias de la Radio, escuchando las más contradictorias opiniones de hombres que, al menos por su categoría científica, debieran haberse puesto de acuerdo con sus teorías.

Después de una semana de terror, voces autorizadas se elevaron de diversas partes del mundo coincidiendo en asegurar que no se produciría la tan temida colisión. Cálculos muy exactos vinieron a determinar que, si bien el planeta intruso cortaría la órbita terrestre, lo haría a una distancia de casi tres millones de kilómetros de la Tierra.

Tres millones de kilómetros, en términos astronómicos, equivalían al grueso de un cabello, pues un ligero retraso en la marcha del vagabundo cósmico, o una ligera desviación causada por la atracción del Sol y los planetas, podía provocar la catástrofe. Sin embargo, la Astronomía era una ciencia muy exacta, y los sabios que la ejercían contaban también con toda posible desviación o retraso.

«El mundo no terminará el 14 de diciembre» -aseguraron los astrónomos con toda seriedad.

Sin embargo, se producirían algunos fenómenos telúricos y meteorológicos con ocasión del paso del planeta por las proximidades de la Tierra, Probablemente se registraría alguna actividad en muchos volcanes apagados. Habría terremotos de una violencia sin precedentes en determinadas regiones de la Tierra. Y con toda seguridad, la fuerza de atracción del planeta errante hincharía los mares causando ruinosas inundaciones en ambas orillas del Océano Pacífico y la costa oriental de los Estados Unidos.

Esto no era el fin del mundo, pero para muchos millones de personas significaba la ruina, y para algunos, la muerte.

Todavía estaban los Tucker junto a la radio, anonadados bajo los efectos de tan catastróficos vaticinios, cuando Patrick Tucker corrió hacia un estante donde se alineaba la Enciclopedia Británica.

-Seligman: población, un millar de habitantes; altitud... ¡cinco mil doscientos cuarenta y dos pies! -leyó Patrick en voz alta, pasando su índice por determinadas líneas de la página abierta-. La radio dice que el nivel del mar subirá, aproximadamente, unos mil pies. Incluso dejando un amplio margen por si se equivocaran en menos, creo que nos encontramos perfectamente a salvo a esta altura. Podemos esperar tranquilamente la inundación.

La señora Tucker, una mujer muy atractiva que había sabido realizar el milagro de las mujeres americanas de mantenerse en una aparente juventud más allá de los 45 años, miró a su hijo con severidad.

-Patrick -le reconvino- no es muy piadoso echar los pies por alto de

alegría, sólo porque creemos que no va a alcanzarnos el mal que aflige a nuestros semejantes.

-¡Pero, mamá! ¿Desde cuándo somos piadosos?

La respuesta de Patrick era una insolencia. Sin embargo, la señora Tucker la acogió mordiéndose los labios. En efecto, los Tucker pertenecían a aquel gran sector de la sociedad norteamericana que no profesaban religión alguna determinada. Sin embargo, desde que prematuramente se anunció el inminente fin del mundo, la señora Tucker mostraba claras tendencias a sentirse más religiosa.

Éste era un fenómeno común al mundo entero. En aquellas horas amargas, ante el temor a la destrucción de la Humanidad, las gentes se reconciliaban con Dios por el camino del arrepentimiento. Las conversiones eran numerosísimas, y la de los Tucker podía contarse entre la de muchos millones de personas que vivieron alejadas de su religión.

Al día siguiente, Arch Miles empezó a hacer sus maletas disponiéndose a regresar a Boston.

-¡Pero, Arch, lo que usted quiere hacer es una tontería! -protestó Patrick-. Boston, en la costa oriental, será una de las ciudades que, como Nueva York, quedarán completamente inundadas. Mejor qué volver allá lo que debería hacer es llamar a su familia para que viniese a reunirse con usted aquí. He consultado el caso con papá y mamá. Ellos acogerán gustosamente a su familia en nuestra casa.

-Tendré en cuenta su ofrecimiento, Patrick. En realidad, ignoro cuáles serán los planes de mi familia. Debo ir a reunirme con ellos antes que las comunicaciones se hagan imposibles, incluso telefónicamente.

Aquella noche, de nuevo sentados alrededor de la radio, Ardí y sus anfitriones escuchaban en silencio las numerosas disposiciones oficiales dictadas por el Gobierno.

En todo el perímetro costero de los Estados Unidos, los habitantes de las zonas bajas hacían activos preparativos a fin de emprender el éxodo hacia las regiones montañosas. En Boston, Providente, Nueva York, Baltimore y las demás ciudades costeras o próximas a la costa, las gentes habían comenzado ya a abandonar sus casas, acumulando ropas y provisiones en sus automóviles que formaban interminable caravana congestionando las carreteras.

El Gobierno, en trance asimismo de evacuar la capital federal, daba severas normas a seguir por los habitantes de las regiones amenazadas de la inundación.

En primer lugar, faltaban todavía tres meses para el fatídico 14 de diciembre, día en que el planeta errante llegaría al punto de máxima proximidad a la Tierra. La evacuación de las zonas afectadas podía, pues, realizarse en orden y calma relativas. Cinco millones de soldados y

reservistas iban a ser movilizados en el plazo de un mes. Estos soldados colaborarían en todas partes, incluso con medios mecánicos, al traslado de las ingentes masas de población desde la costa a lugares donde estarían a salvo de la inundación. El pillaje, entre otras cosas, sería severamente castigado por la ley marcial que empezaba a regir desde la promulgación de esta orden.

Esta orden de movilización respondía por sí sola a los reiterados ruegos de los Tucker a Arch para que se quedase en el rancho. No sólo Arch, sino también Patrick Tucker tenía que reincorporarse inmediatamente a su unidad.

-¡Vaya, qué fastidio! -exclamó Patrick.

Veinticuatro horas después, Arch Miles y el sargento Patrick Tucker volaban en la noche en un avión de las Fuerzas Aéreas en dirección a Washington.

La ciudad que dos meses atrás recibió jubilosa a Arch Miles cuando éste iba a recibir la felicitación personal del Presidente a la Casa Blanca, ignoró al héroe que volvía a ella.

Peatones y automóviles circulaban apresuradamente por las calles de Washington. Había largas colas ante las tiendas de provisiones, así como en los almacenes donde se vendían mantas, ropa de abrigo y equipo para acampar al aire libre.

También ante las estaciones de gasolina se formaban interminables colas de autos.

Cara al invierno que ya se anunciaba próximo, la gente temía la amenaza del frío a la intemperie y la escasez de provisiones que con el trastorno causado por los atascos de las comunicaciones inevitablemente se produciría. Las llamadas de las autoridades a la serenidad y el orden, eran inútiles en este sentido.

También en el edificio del Pentágono, sede de las Fuerzas Armadas de la nación, reinaba la agitación presidida por la prisa. Un atareado almirante recibió a Miles.

-Sí, evacuamos y nos trasladamos a Kansas City con todo -dijo el almirante, sin invitarle siquiera a tomar asiento-. ¿Algo de particular, comandante? Lo siento, sólo puedo dedicarle dos minutos.

Arch expuso sucintamente el objeto de su visita. Antes de ser entrenado para el vuelo en los «Serok» de propulsión atómica, la unidad de Arch había sido el portaaviones *Savannah,* a cuya dotación aeronaval pertenecía. ¿Debía reintegrarse a su unidad, o, por el contrario, continuaba agregado al escuadrón de los «Serok»?

-Su nuevo destinó es la Estación de Entrenamiento antisubmarino en Milwaukee. Varios «Serok» han sido llevados allí para adiestrar a las nuevas tripulaciones, y usted ha sido nombrado instructor a las órdenes del

contralmirante Hassell.

Esto era todo cuanto Miles quería saber. La orden de incorporarse a la unidad de hidroplanos, por lo que Arch entendió, no implicaba verdadera urgencia.

Arch envió al sargento Tucker directamente a Milwaukee y se dispuso a seguirle... dando un pequeño rodeo por Boston.

Arch tenía en Boston a su padre y una hermana, casada con el dueño de unos grandes almacenes. El viejo Miles, capitán de la Marina mercante jubilado, seguía viviendo en su piso cara al muelle.

Llovía torrencialmente sobre Boston cuando Arch llegó a la ciudad al anochecer. El viejo Miles sacaba lentas bocanadas de humo a su pipa ante el receptor de televisión.

-¿Has oído eso, Arch? -dijo sin volver la cabeza, cuando Arch entró en el piso abriendo con su llavín-. Por primera vez han hecho un análisis espectroscópico a ese planeta. Ahora parece ser que tiene una atmósfera rica en oxígeno, muy semejante a la nuestra. Se hacen cabalas acerca de una posible existencia de vida sobre ese planeta.

Arch ni siquiera hizo un comentario a esta remota posibilidad. Acababa de leer un documentado artículo en el periódico sobre el posible origen de aquel planeta errante. Probablemente, el planeta era un superviviente de alguna catástrofe cósmica. Dos soles, al chocar violentamente entre sí, debían haber provocado una explosión que aniquilaría a ambos. Los planetas que giraban alrededor de cualquiera de esas estrellas, alterado el equilibrio de las fuerzas gravitatorias, debieron salir disparados como una piedra de la honda del pastor, e impulsados por su propia fuerza centrífuga, se alejarían perdiéndose en las profundidades del espacio, hasta que uno de ellos acertó a pasar por las proximidades de la Tierra.

AI día siguiente a su llegada, Arch fue con su padre a visitar a su hermana Agnes. Más tarde almorzó con su cufiado, el cual aparecía visiblemente trastornado ante la inminencia de la catástrofe que se avecinaba.

-Estoy tratando de encontrar una casa en las montañas, siquiera sea una cabafia donde pueda llevar a Agnes y los niños -dijo Conrad Hart a Arch-. He puesto anuncio en los periódicos y escrito a varios corredores de fincas.

-Conrad, no seas iluso -le dijo Arch-. Centenares de miles de personas están tratando también de asegurarse un refugio en las montañas. Si quieres hacer algo práctico, coge unos miles de dólares y vayamos a la captura de ese refugio.

Al día siguiente, Arch Miles y su cunado partían en automóvil, llegando en su peregrinar hasta el vecino estado de New Hampshire, donde, por un precio realmente abusivo pudieron comprar una vieja cabaña de troncos en lo que hasta entonces había sido un camping junto al lago Winnipesaukee.

Esquilmados, aunque con el alivio de haber encontrado un refugio realmente seguro, regresaron a Boston.

Al día siguiente, Arch se despidió de su familia y se embarcó en un avión de la Marina para Milwaukee.

Seis nuevos «Serok S-50» habían salido de la línea de montaje y llevados a la base naval de Milwaukee, mientras el comandante Miles y el resto de la tripulación del *Seagull* se reponían de la extenuación de su famoso vuelo de sesenta días a través de un millón de kilómetros.

El capitán Grinnell, que compartió con Arch la gloria de aquel magnífico raid alrededor del mundo, se encontraba ya en la base con la mayoría de los miembros de la antigua tripulación del *Seagull.* El contralmirante Hassell esperaba a Arch con impaciencia para comenzar un cursillo de preparación acelerada con las nuevas tripulaciones de los «Serok» que acababan de llegar.

Durante las semanas que siguieron, mientras volaba con las nuevas tripulaciones a través de toda la geografía de los Estados Unidos, Arch Miles podía presenciar con sus propios ojos el éxodo de las grandes masas de población de la costa hada el interior del país.

Día tras día, las carreteras de la costa se veían desde el aire atascadas por interminables caravanas de automóviles que avanzaban lentamente tocándose unos con otros.

Día tras día, el planeta errante se aproximaba a la Tierra. Cada noche, desde la puesta del sol al amanecer, los observadores terrestres le veían un poco más aumentado en el cielo nocturno, avanzando inexorable, al encuentro de la Tierra. Medio mundo lo maldecía, y la otra mitad lo veía aproximarse amedrentado.

A primeros de diciembre, las nuevas tripulaciones de los super-hidroaviones recibían apresuradamente su calificación. No había tiempo para continuar el adiestramiento, pues los «Serok» estaban destinados a jugar un importante papel en la inminente catástrofe que se aproximaba.

Los hidroaviones «Serok», excepto por su tamaño y su revolucionario sistema de propulsión, eran hidroplanos del tipo convencional. De aspecto más bien pesado, no se había pretendido hacer de ellos unos aviones rápidos. Sus 800 kilómetros de velocidad máxima bastaban para llenarlos requisitos exigidos a sus constructores.

La técnica moderna todavía no había encontrado la forma de hacer que la energía atómica pudiese aplicarse a los aviones de chorro.

Produciendo directamente electricidad, una pila atómica movía doce motores eléctricos dobles que accionaban veinticuatro hélices de triple pala, alineados todos ellos sobre la gigantesca ala del aparato, el cual conservaba cierto parecido al antiguo «Dornier».

La ventaja de los «Serok» sobre cualquier tipo de hidroavión construido

hasta la fecha, consistía en su capacidad para volar ininterrumpidamente durante meses, sin repostar combustible e incluso sin necesidad de volver a tierra en todo este tiempo.

Otra de sus ventajas era la considerable altura que podía alcanzar, gracias a sus hélices y sus alas de ángulo orientable.

En efecto, a alturas donde los aviones de chorro no encontraban suficiente oxígeno para la combustión de la gasolina, el «Serok» todavía encontraba aire suficiente para su sustentación. Sus motores eléctricos no necesitaban del oxígeno para seguir funcionando a cualquier altura, y en cuanto a entretenimiento, como todos los motores eléctricos, gozaban del privilegio de poder funcionar miles de horas sin interrupción ni avería ni apenas desgaste.

La Armada de los Estados Unidos había pedido a los constructores un avión seguro, de funcionamiento económico, capaz para llevar un voluminoso equipo electrónico y una considerable carga de bombas. Este hidroavión, destinado a la vigilancia costera y la lucha antisubmarina, era el «Serok S-50».

El día 4 de diciembre, es decir, diez antes de la fecha señalada para la culminación de la catástrofe, las tripulaciones fueron reunidas en cierta espaciosa sala de proyecciones de la Estación de Entrenamiento, y el contralmirante Hassell habló a los comandantes.

-Faltan -dijo Hassell- diez días para el 14 de diciembre. Como ustedes saben, ese día el planeta errante cruzará la órbita de la Tierra, alcanzando su máxima proximidad a nuestro planeta. La masa del planeta errante es ligeramente superior a la de la Tierra, y dada la proximidad de su paso es de prever se produzcan grandes mareas que arrojarán sobre tierra firme un considerable volumen de agua del mar, Grandes extensiones de costa quedarán bajo las aguas. Y la marea, remontando los ríos y los valles bajos, penetrará profundamente en el continente hasta muchos centenares de kilómetros de la costa. Nuestros oceanógrafos no pueden prever, excepto de una manera aproximada, cuál será el volumen y la altura de las aguas desplazadas. Es posible que queden anegadas tierras que hemos considerado estarán a salvo, y también es posible que la marea no revista toda la gravedad que es de temer; esto no podremos saberlo hasta que se produzca el fenómeno que esperamos.

Hasta aquí, el contralmirante Hassell no había dicho nada que los aviadores no supieran por la copiosa información distribuida por la Prensa y la Radio de todo el mundo. En realidad, Hassell omitió algunas cosas, tales como los pronósticos que se hacían respecto a una probable actividad volcánica que precedería a la marea y era, en algunos aspectos, tan de temer como la marea misma.

-La nación -prosiguió diciendo Hassell- nos ha encomendado una tarea

específica. Nuestros hidroaviones «Serok» vigilarán desde el aire los progresos de la inundación, darán el aviso oportuno en el caso de ser invadidas porciones de tierra consideradas seguras, y prestarán su ayuda a las personas que se encuentren en peligro de ser rodeadas o arrastradas por las aguas. No estarán ustedes solos en esta tarea. Aviones y helicópteros de la Marina, del Ejército y las Fuerzas Aéreas, estarán volando a su lado en las zonas que a cada cual le han sido asignadas. Nuestro propósito es, ya que inevitablemente habrá víctimas, que éstas sean en el menor número posible.

A continuación, el contralmirante hizo la distribución de la fuerza. Cuatro hidroaviones fueron destacados para cubrir la costa del Pacífico, otros cuatro iban destinados a la costa atlántica y golfo de Méjico, uno a las islas Hawai, y dos quedarían en la Base como reserva, listos para acudir allí donde se les necesitara.

A Arch Miles, que en este caso iba a tripular un hidroavión como un comandante más, se le asignó el mando de la escuadrilla del Pacífico. Cada comandante recibió un gran mapa de su zona con una detallada anotación de las costas. Tres líneas sinuosas de grueso trazo, azul, verdes y rojas, señalaban la altura y extensión que alcanzarían las aguas, según la inundación se tratara de tercero, segundo o primer grado.

-Espero -concluyó el contralmirante- que cada tripulación se muestre a la altura de lo que esperamos de ustedes. Vayan a prepararse para la marcha, y... ¡buena suerte!

## Capítulo II

Los hidroaviones «Serok» volarán ininterrumpidamente desde las cero horas del 12 de diciembre hasta las 12 horas del día 14 de diciembre, y luego todo el tiempo que sea necesario para el cumplimiento de su misión» -rezaba la orden sellada que cada comandante recibió.

Por lo tanto, cuando el primer escuadrón acuatizó sobre las rizadas aguas de la bahía de San Francisco el día 5, quedaba a las tripulaciones una semana de tiempo libre que nadie les había indicado cómo debían emplear.

Arch había estado muchas veces en San Francisco. Sin embargo, la ciudad que vio al desembarcar en el muelle, le pareció completamente distinta de la que él había conocido.

Ni un barco en el puerto. La Flota Mercante y la Marina de Guerra de los Estados Unidos, huyendo en masa ante la anunciada inundación, habían ido a refugiarse en su mayor parte en el Mediterráneo. Algunos millares de yates y barcos de poco tonelaje habían remontado el Missisipi hasta Saint Louis y Kansas City. Muchos otros se hallaban concentrados en los Grandes Lagos. Pero el grueso de la flota, no sólo yanqui sino del resto de América, se hallaba refugiada en Europa.

El aspecto que ofrecía aquel puerto de San Francisco, sin barcos, era lamentable. Un silencio fantástico pesaba sobre la ciudad desierta, abandonada, muerta. Ni una chimenea manchaba de humo el puro azul del cielo, ni se movía una grúa, ni un carruaje, ni se escuchaba el ruido de un motor.

La alta figura de Arch Miles, rubio, de ojos azules, se destacaba en el borde del muelle, y él sentía la impresión en este momento de ser el único habitante de un planeta desierto.

Del bote de goma que les había traído a golpe de remo desde el costado del *Seagull* (Arch había bautizado su hidroplano con el nombre del otro que le hizo famoso), saltaron al muelle el capitán Mullan, el teniente navegador Dunne, el sargento Patrick Trucker y otros dos miembros de la tripulación.

Todos quedaron mirando impresionados en rededor.

-Estupendo lugar para divertirnos -murmuró el teniente-, ¿Qué haremos?

El escuadrón estaba bien aprovisionado para dos meses. Realmente, los aviadores podían pasarse perfectamente todo este tiempo completamente aislados del resto del mundo, pero no era esto lo que deseaban.

No llevaban allí apenas cinco minutos, viendo desembarcar a las tripulaciones de los restantes hidroplanos, cuando se escuchó el rumor de

un motor de automóvil y vieron aparecer un camión del Ejército que vino a detenerse en el muelle frente al grupo.

Un capitán saltó a tierra llevando su metralleta colgando del hombro. Vestía uniforme de campaña y parecía bastante malhumorado.

-¿Poco trajín por aquí, no es cierto? -preguntó el capitán Mullan.

-Eso es lo que ustedes se figuran -repuso el oficial-. Hay que ver la cantidad de cosas que la gente descuida al marcharse precipitadamente. Perros abandonados... radios enchufadas... hornillos eléctricos que pueden ocasionar un incendio... joyas, dinero... Nosotros entramos en las casas, registramos todo y guardamos las cosas de valor para devolverlas a sus dueños.

-¿Y nadie habrá dejado olvidadas por ahí... digamos un par de chicas guapas? Para bailar, ¿eh? Suponiendo que queden gramolas todavía en los bares -dijo el teniente Dunne.

-No, chicas no hemos encontrado ninguna. Pero si les sirve igual una docena de ancianas en buen uso...

Dunne puso cara larga y sus compañeros se echaron a reír. El soldado prosiguió completamente serio.

-Sí, también la gente es desconsiderada y egoísta cuando sobreviene una catástrofe como la que está ocurriendo aquí. Hasta la hora presente llevamos recogidas más de doscientas personas... ancianos impedidos en su mayoría, algunos que carecen de familia y unos cuantos idiotas y locos que no sabemos a quién pertenecen.

Los aviadores habían quedado súbitamente serios al enumerar el capitán estas bajezas del mezquino corazón humano. El oficial dijo señalando ahora los cuatro gigantescos hidroaviones que se balanceaban en el agua muy cerca del muelle:

-¡Oigan! ¿No son ésos los nuevos aviones atómicos que pueden volar hasta dos meses sin tocar tierra ni repostar de combustible?

-Está usted ante el hombre que realizó esa hazaña -dijo el capitán Mullan señalando a Arch.

Arch explicó brevemente al capitán de infantería el objeto de su presencia allí. Luego añadió:

-Vamos a permanecer una semana anclados en este puerto... y las perspectivas no son muy alentadoras que digamos. A propósito de esa ley que castiga el pillaje... ¿cree que nos haríamos reos de ese delito si entráramos en un bar a tomar unas cervezas... aunque dejáramos el dinero sobre el mostrador?

-Nadie recogería ese dinero -contestó el oficial-. Pero si quieren beber cerveza, o whiskey[1], o simplemente Coca Cola, yo les traeré una carretada de todo para que puedan beber a placer.

-El verdadero placer consiste en tomar esas cosas en la barra de un bar -

objetó el teniente Dunne-. Sea comprensivo y permítanos entrar en uno de esos clubs elegantes donde se codeaban los intelectuales de San Francisco.

El oficial se quedó reflexionando un instante.

-Después de todo, el mar va a echarlo todo a perder -dijo como para sí-. Vengan, yo les llevo en el camión.

Los marinos montaron en el camión del Ejército, el cual les condujo por las desiertas calles cubiertas de papeles que el paso del vehículo arremolinaba. Ningún guarda ni semáforo les interrumpió el paso. Los elegantes comercios todavía mostraban en sus escaparates sus diferentes artículos; vestidos, tejidos, alfombras, lámparas, muebles, receptores de televisión, refrigeradores...

-Esto es Jauja -observó el capitán Mullan, que había subido con Arch en la cabina-. Excepto por los soldados y esa ley que castiga el pillaje, uno puede entrar en cualquier parte y tomar lo que le guste.

El capitán del Ejército señaló una docena de grandes camiones de color caqui en el que una compañía de soldados estaban cargando cajas que sacaban de un almacén de máquinas de coser y escribir.

-Tratamos de salvar lo más valioso en los pocos días que nos quedan. Llevamos dos meses sacando carretadas de cosas, y todavía vamos a abandonar muchas de ellas donde están. Nunca había estado en San Francisco, pero ahora que conozco la ciudad me pregunto cómo quedará después que las aguas se hayan retirado.

El camión fue a detenerse finalmente ante un elegante club en una de las calles más céntricas de la abandonada ciudad. En su interior todo estaba intacto; las sillas alrededor de las mesas, las mesas conservando sus tapetes y lamparillas, la pista de baile encerada esperando a las elegantes parejas, el piano abierto, las anaquelerías del bar repletas de botellas...

Un sargento encontró un gorro, se lo puso y fue a colocarse tras el mostrador preguntando:

-¿Qué van a tomar los señores?

Tucker se acercó a la máquina tocadiscos y echó una moneda por la ranura, pero aunque apretó insistentemente el botón, la máquina no funcionó.

-¡Escuchen, esta máquina me ha estafado un níquel! -protestó Tucker, furioso-. Le echo la moneda, y ni me la devuelve ni quiere funcionar.

-Olvidé advertirles -dijo el capitán de infantería-. Los bomberos se marcharon esta mañana con todo su equipo. Ante la imposibilidad de combatir cualquier incendio que se produjera, hemos cortado la corriente eléctrica en toda la ciudad.

-¡Vaya, lo que nos faltaba! Sin chicas, y encima sin música y sin luz -dijo Dunne quejosamente.

Uno de los sargentos especialistas se dirigió al piano, tomó asiento y

empezó a tocar una dulce melodía de tipo sentimental. En el bar, los jarros de cerveza iban y venían deslizándose sobre la pulida plancha del mostrador.

-¡Baker, maldito seas, toca algo más alegre! -pidió alguien.

Una alegre pieza de jazz inundó con sus vibrantes notas el vacío salón. Dos marinos que ya empezaban a sentir los efectos de un par de whiskeys se lanzaron a la pista encerada y se pusieron a bailar haciendo grandes contorsiones.

El capitán del Ejército salió dejando a los aviadores navales en plena diversión.

Otros marinos salieron a bailar al centro de la pista, en tanto que Baker aporreaba el piano y el resto del grupo bebía y animaba a los danzantes.

De pronto, el cabo de primera clase, Weed, levantó una botella cogida por el gollete y la estrelló contra el canto del mostrador.

-¡Basta! -gritó.

El sargento Baker dejó de tocar y todos los demás se inmovilizaron mirando al cabo con asombro. Patrick Tucker se acercó a Weed y le cogió de un brazo.

-Vamos, Weed, creo que te conviene tomar un poco el fresco...

-¡Déjame estar! -rugió Weed, apartando a Tucker de un empujón, y se volvió hacia Arch-. No, no estoy borracho, comandante. Sólo me pregunto por qué hacemos esto. ¿Qué es lo que celebramos? ¿Nos divertimos a expensas del dueño de este local, que invirtió en esta decoración muchos miles de dólares y tuvo que abandonar hasta su cerveza de calidad superior, para que unos gamberros la bebieran a cuenta de su desgracia? ¿Cantamos y nos emborrachamos porque mis padres han tenido que dejar su granja, y el salitre del mar echará a perder la tierra que ya cultivaban mis abuelos? ¿O celebramos lo tuyo, Baker, que estás en el mismo caso que yo? ¿O lo de usted, comandante Miles, cuyo padre ha tenido que abandonar su tranquila ciudad, despidiéndose para siempre del modesto piso que adquirió a fuerza de ahorrar mientras navegaba por todos los mares de la Tierra? Acaso estemos contentos porque dentro de nada habrá un terremoto que derrumbará nuestras casas sobre las cabezas de nuestros familiares. ¿Lo estamos? Y si no lo estamos, ¿por qué lo aparentamos?.

Un silencio de tumba siguió a las palabras del cabo Weed. Este miró a su alrededor a las caras de los hombres que le observaban.

-Está bien, sigan ustedes la diversión -dijo ásperamente-. En lo que a mí respecta, no quiero tomar de gratis lo que un desdichado como yo tuvo que abandonar para salvar su vida.

Sacó del bolsillo un billete de diez dólares, lo arrojó sobre el mostrador y abandonó el bar dando traspiés.

Arch Miles miró a sus hombres. Luego, en silencio, sacó veinte dólares

del bolsillo; los arrojó junto a los del cabo Weed y tomó su gorra, saliendo del local.

Se miraron los aviadores. Y uno por uno, recogiendo sus gorras y chaquetas, empezaron a desfilar ante el mostrador arrojando monedas y billetes para, a continuación, tomar la puerta de la calle. Empezaba a oscurecer.

El grupo, nuevamente reunido en la calle, echó a andar en silencio en dirección a los muelles. Un gatito pardo maullaba lastimeramente detrás de unos cubos de basura. El teniente Dunne se detuvo, se acercó al minino y lo llamó. El animal acudió junto al aviador y restregó su lomo contra los pantalones del oficial.

-Pobre muchacho. ¿Te han abandonado, eh? Seguramente tienes hambre. Anda, vamos, te llevaré conmigo.

El teniente metió el gatito en el holgado bolsillo de su chaqueta de paño azul, yendo a reunirse con el grupo que le esperaba.

La ciudad, oscura y silenciosa, cobró un aspecto terrorífico durante la noche. No había luna, pero en su lugar brillaba con luz azul, fría y resplandeciente, el planeta errante que los astrónomos aseguraban estaba cubierto de hielo. Ciertamente, debía estarlo para poseer tan excelentes cualidades reflectoras.

Al día siguiente los aviadores empezaron a limpiar un largo barracón de madera en el muelle Habilitándolo como cuartel fijo en tierra firme, por todo lo que durara su estancia en San Francisco. Dos días más tarde recibieron la inesperada visita del contralmirante Hassell, el cual había ascendido y lucía en la bocamanga los galones de vicealmirante. Vino tripulando un «Serok» del grupo de reserva.

-Mi enhorabuena, señor -dijo Arch, saludando cuando Hassell pisó el muelle.

-Gracias, Miles, pronto tendremos que felicitarlo a usted también. Veo que se han instalado confortablemente en tierra.

-Sí, señor.

-Dejen todo eso. Este escuadrón debe trasladarse inmediatamente al Lago Tahoe.

-¿Al Lago Tahoe, señor?

-Tememos que se produzca de un momento a otro el primer terremoto. Ahora bien, si el terremoto se origina en el mar, se llama maremoto y levanta olas de hasta veinte metros de altura. No quisiéramos que un golpe de mar de esa naturaleza alcanzara a nuestros «Serok» y los estrellara contra el muelle. En Tahoe Lake estarán a salvo de ese peligro.

-Sí, señor.

-Bueno, usted se preguntará por qué diablos, sabiendo eso, no les enviamos desde un principio a Tahoe Lake. No es culpa nuestra, sino de los

astrónomos que calcularon la trayectoria del planeta errante. Parece que hubo un error, y ahora nos dicen que ese planeta pasará más cerca de la Tierra de lo que se supuso al principio.

-¿Más cerca todavía? -exclamó Arch, aterrado.

-Exactamente a un millón ochocientos mil kilómetros. Esa reducción de la distancia hará que los terremotos comiencen antes. La inundación producida por el crecimiento de la marea revestirá caracteres realmente graves... y puede que ocurra algo todavía peor.

-Más aún, señor. ¿Qué puede ocurrir?

Hassell espió con el rabillo del ojo a los hombres que se movían por allí cerca. Dijo bajando la voz:

-Que ellos no se enteren, Miles. No hay necesidad de asustarles con algo que tal vez no llegue a suceder. Y si sucediera de todos modos, ni ellos ni nosotros podríamos evitarlo. Nuestros sabios no están de acuerdo, pero hay algunos de ellos que pronostican un cambio brusco en el movimiento de rotación de la Tierra...

-¡Dios mío!

-Los científicos más notables de todo el mundo se encontraron en reunión secreta en Ginebra hace algo más de un mes y decidieron mantener en secreto su desacuerdo. El fin que perseguían con esto, ya lo puede suponer, era poner a salvo su prestigio de la desconfianza de las gentes. Su recomendación a los gobiernos que representaban, por el contrario, fue que se guardara la hipótesis en secreto con el solo fin de no alarmar al mundo por cosas que nadie sabía si iban a suceder.

-Y... ¿qué ocurriría en el supuesto que acertaran los más pesimistas? -preguntó Arch con débil voz.

-La posición del eje de la Tierra cambiaría. La Ciencia asegura que eso ya ocurrió una vez. Regiones que ahora son cálidas pasarían a ocupar el lugar de los polos. Y, a viceversa, el trigo maduraría en la región de la Antártida, mientras se fundían los hielos del Polo Norte.

-Eso... equivaldría a una catástrofe para los países que pasaran a ocupar el lugar de los polos -balbuceó Arch.

-Sí, imagíneselo.

-Y... ¿no nos tocará a nosotros, los norteamericanos, pasar por esa calamidad?

-Eso nadie lo sabe, Miles. Fuerzas gigantescas juegan aquí un papel en el que acaso mucho se deba a la casualidad. La verdad es que nuestros sabios no son tan sabios como la gente cree por lo general. Como cualquier ignorante mortal, ellos se cruzan de brazos, desesperados, y esperan... esperan a ver qué ocurre. Ellos nos explicarán el problema cuando la naturaleza ya haya dado su solución. Ahora... son incapaces de adivinarla ni siquiera con la ayuda de las calculadoras electrónicas.

La magnitud de aquella noticia, aun tratándose de algo que no se daba por enteramente seguro, dejó anonadado a Arch Miles. Ni siquiera saludó cuando, acompañando al vicealmirante hasta el borde del muelle, éste se despidió con un amistoso ademán.

-¿Qué le ocurre, Miles -preguntó el sargento Tucker cuando el bote que llevaba al vicealmirante se separaba del muelle-. Cualquiera diría que acaba de ver un fantasma.

-Prepárense para regresar a bordo -dijo Arch con voz irritada a los hombres que estaban tras él-. Trasladamos nuestra base a Tahoe Lake.

Una hora más tarde, los cuatro «Serok» se deslizaban sobre las aguas de la bahía, pasaban por debajo del Golden Gate Bridge y se remontaban pesadamente en el aire.

## Capítulo III

Contrariamente a lo que les ocurrió en San Francisco, los aviadores no se sintieron ni un instante solos en Tahoe Lake. La región, incluso en tiempos normales, era una de las preferidas por los turistas, sobre todo en las épocas calurosas del año.

Las ciudades de la orilla: Tahoe City, Crystal Bay, Glenbrook, Stateline... pululaban de refugiados de la costa. El lago distaba solamente 13 millas de Carson City, y 32 millas de Reno, ambas ciudades asimismo repletas de fugitivos pudientes del no lejano San Francisco. El lago, rodeado de altas montañas, estaba circundado en todo su perímetro por una pintoresca carretera que asomaba aquí y allá entre altos riscos y bosques de pinos.

Del otro lado de la carretera, trepando por la falda de las montañas, el bosque estaba lleno de las tiendas de campaña rojas, amarillas y blancas de los acampados. La temperatura era templada, el agua no estaba demasiado fría y todas las mañanas había más de cinco mil bañistas a la vista de los hidroaviones, anclados frente a Crystal Bay.

Sin la presencia del planeta errante, que ahora brillaba en el limpio cielo de Nevada, el lago más bien habría parecido un lugar de recreo, que un campamento de refugiados.

Los evacuados de la costa del Atlántico debían estar pasándolo peor, pues reinaba el mal tiempo y había nevado sobre las montañas del estado de Maine, New Hampshire, Vermont y Nueva York.

En Crystal Bay, ciudad dotada de confortables hoteles, lujosos clubs, piscinas y varadero de lanchas deportivas, los aviadores navales encontraron el ambiente adecuado para pasar unas cortas y despreocupadas vacaciones. Casi todos hicieron amistad con alguna chica. Había miles de empleadas, fugitivas de San Francisco, acampadas en los alrededores del lago.

La irresponsable juventud de estas chicas, en la mayoría de los casos sin nada que perder, las hacía aptas para la diversión en un ambiente de angustia que se espesaba por momentos.

Arch Miles, abrumado bajo el peso del secreto que Hassell le había confiado, no se sentía con fuerzas para participar en las excursiones, los baños y las salidas nocturnas de sus compañeros. Excepcionalmente, accedió a salir la noche del 11 de diciembre, faltando solamente unas horas para el despegue de los hidroaviones.

Las tripulaciones deseaban «celebrar la despedida», y Arch no se

atrevió a oponerse a la pequeña fiesta que sus compañeros habían preparado en uno de los hoteles de la ciudad. Más que por afán de «pasarlo bien», se unió a sus amigos para impedir que se emborrachasen o cometiesen cualquier otra tontería que les imposibilitara físicamente a la hora de despegar.

El local donde los oficiales y sus simpáticas amiguitas celebraron la cena, era el Crystal Bay Hotel, uno de los más lujosos de la ciudad. La fiesta comenzó con unos Martinis que entonaron el ambiente. Se cenó temprano (los «Serok» debían despegar a la medianoche) y luego los aviadores sacaron a las chicas a bailar.

Arch, recostado en su butaca, junto a una copa de champaña, se aburría viendo bailar a sus compañeros. Fue entonces cuando se le acercó una joven alta y rubia, la cual vestía un deslumbrador traje de noche muy descotado y ceñido a los ondulantes contornos de su cuerpo. Ella retiró de sus labios una larga boquilla de ámbar en cuyo extremo humeaba un cigarrillo, y le sonrió mientras se inclinaba.

-¿No lo pasa usted bien, comandante Miles?

Arch la miró sorprendido. Luego se puso en pie.

-Discúlpeme -murmuró-. No soy muy buen fisonomista. ¿Nos presentaron antes?

-No, usted no me conoce -dijo la joven, sonriendo-. Pero yo sí le conozco a usted. Hace algunos meses, su fotografía apareció en la primera plana de todos los periódicos y revistas. También le vi en la televisión.

Arch miró un poco confundido a su alrededor. Cerca de allí, el *maître* sonreía bondadosamente. Arch creyó entender. La administración del Hotel enviaba aquella preciosa rubia para distraerle. Realmente sufrió una decepción. Jamás hubiera sospechado que una mujer tan elegante fuese una de aquellas chicas que revoloteaban en los bares y clubs a la espera de incautos y señores aburridos.

-Mi nombre es Luisa. ¿Quiere que bailemos?

Arch llevó a la hermosa rubia hasta la pista, la enlazó por la cintura y empezaron a bailar. Los rubios cabellos de la muchacha, de contacto sedeño, esparcían un suave y discreto perfume.

-Creo que zarpan ustedes esta noche -dijo Luisa, en vista del silencio de él.

-Sí.

-Y... ¿no volverán?

-No creo. ¿Por qué lo pregunta?

Los ojos de Arch se encontraron con los de la joven a muy corta distancia. Arch comprobó que ella tenía justamente los ojos que más le gustaban; grises, con un ribete color violeta. Luisa frunció sus rojos labios.

-Era solamente una pregunta.

Arch la atrajo hacia sí y apoyó su mejilla en la de ella. Sintió envararse el cuerpo que ceñía con su brazo. Luego ella cedió y su mejilla, ligeramente más caliente, continuó unida a la de Arch.

El baile terminó casi en seguida.

-¿Acepta usted una copa de champaña en nuestra mesa, como despedida? -dijo Arch, que era incapaz de herir los sentimientos incluso de las personas a quienes despreciaba.

Ella accedió sonriendo, dejándose llevar hasta la mesa de los marinos. Los compañeros de Arch acababan de volver con sus amiguitas, y la actitud de estas últimas cambió tan bruscamente a la vista de la vampiresa rubia, que Arch por fuerza lo tuvo que notar.

Las muchachas quedaron repentinamente serias y rígidas, se miraron entre sí, y luego quedaron mirando a la joven.

Una de las empleaditas de San Francisco dijo finalmente con acritud:

-¿La envía la abuelita de estos muchachos, señora Ettien? ¿Quiere asegurarse de que nuestros amigos llevan todos sus correspondientes carteras al marchar?

Luisa contestó imperturbable, mientras ajustaba otro cigarrillo a su boquilla de ámbar:

-No es posible que ninguno pierda su cartera. Una cosa así jamás ha ocurrido en este Hotel.

Los marinos, asombrados, seguían este rápido tiroteo de palabras con segunda intención, mirando de sus amigas a la hermosa señora Ettien. La situación no podía ser más tirante, cuando llegó el *maître* y dijo:

-Perdone, señora Ettien. Ha surgido una pequeña dificultad con el huésped de la habitación veintidós. Steward pregunta si puede usted acudir allí.

-Les ruego que me disculpen -dijo la joven, poniéndose en pie.

Arch la vio alejarse seguida del respetuoso *maître*. Se volvió hacia las muchachas.

-¿Quién es ella? -preguntó.

-¿Esa? -contestó la más descarada de las chicas, la misma que había interpelado a la rubia-. Se llama Luisa Ettien, Luisa Zane es su nombre de guerra. Fue estrella del «cine». Hizo media docena de películas, y luego se retiró. Con el dinero que sacó de sus películas compró este Hotel.

-¡Luisa Zane! -exclamó el teniente Dunne-. ¡Claro que la recuerdo! Fue Miss América, y del título pasó al cine. Era una artista que prometía, sus películas tuvieron enorme éxito.

-Bueno, no tan enorme -dijo la chica entre dientes-. Era tan ridículamente mojigata que rehusaba todos los papeles donde había que besar más de una vez al protagonista. Y nunca repetía el beso si salía mal la primera vez. Adoptó el lema de la más estricta moralidad, y se hizo tan

odiosa en Hollywood que tuvo que saltar de allí antes que la echaran.

Arch llevaba años sin interesarse por las cosas del cine, pero creía recordar vagamente algo de lo que sus amigos decían. ¿De modo que Luisa Ettien era la «estrella» de cine retirada Luisa Zane? ¡No era una chica empleada del Hotel para distraer a los huéspedes ociosos!

Bruscamente Arch se levantó de su silla y fue en busca del *maître*.

-La señorita Ettien subió al piso segundo, habitación veintidós -dijo el *maître*, respondiendo a la pregunta de Arch.

-¿Es señora o señorita?

-La señorita es soltera, si es eso lo que el señor quiere decir. Pero insiste en que la llamemos señora para hacerla parecer menos joven y algo más formal -dijo el hombre sonriendo.

Arch alcanzaba el piso segundo del Hotel cuando vio a la señorita Ettien saliendo de una habitación.

-Nada de particular -dijo sonriendo a Arch-. ¿Se marchan ustedes?

-Sí, y no quería hacerlo sin ofrecerle mis disculpas.

-¿Sus disculpas? No le comprendo, comandante.

-Yo la confundí allí abajo cuando usted se acercó a mí. Creí que la enviaba el maitre para distraerme un poco... en fin, ya sabe usted -Arch vio colorearse las tersas mejillas de la joven-. Le ruego que me perdone este lamentable error.

-Es muy caballeroso de su parte, viniendo a presentar excusas por una ofensa que nunca salió de su pensamiento. La culpa, en realidad, fue mía. Mi forma de presentarme...

Luisa Ettien se interrumpió bruscamente. El piso acababa de experimentar una ligera sacudida bajo sus pies. Arch también la notó. Se escuchó un crujido de cristales. Un poco de polvo de yeso cayó del techo.

Arch levantó los ojos y advirtió que la lámpara del corredor se movía con un ligero movimiento de péndulo.

La señorita Ettien dejó escapar un grito ahogado. Como un eco llegó del salón de abajo un grito de pánico emitido por muchas gargantas a la vez, seguido de un estrépito de sillas que caían y pies apresurados que corrían.

-¡Un terremoto!

Apenas acababa Luisa de pronunciar esta palabra, cuando se sintió un segundo y más violento temblor. A la sacudida, que duró apenas tres segundos, siguió esta vez un extraño ruido subterráneo.

Un espejo se soltó del clavo que lo sostenía y se hizo añicos en el corredor. El cielo raso se cuarteó, desprendiendo una lluvia de yeso. Arch saltó hacia Luisa Ettien y la apartó, justo en el momento que la lámpara caía y estallaba contra el suelo como una bomba de cristal.

En toda la casa se escuchó un estruendo de cristales que saltaban y se

hacían pedazos.

Un grito de terror llegó de abajo. Las puertas se abrieron sobre el corredor dejando asomar varios rostros lívidos. «¿Qué ocurre»?, preguntaron varias voces roncas.

El temblor había cesado, mas por todo el edificio corría la voz de: ¡Terremoto! ¡Terremoto!

Algunos nombres y mujeres salieron al corredor en pijama. El pánico hacía presa en todos, incluso en Luisa Ettien que se abrazaba fuertemente a Arch.

-¡Salgan del edificio! -gritó Arch a los aterrados huéspedes.

Una mujer, en transparentes enaguas de nylon, salió al corredor lanzando gritos. Los huéspedes reaccionaron de muy distintas maneras. Unos echaron a correr hacia la escalera. Otros volvieron a sus habitaciones. Algunos salieron corriendo, lo pensaron mejor y volvieron atrás llamando a alguien que quedaba en la habitación.

A través de una puerta abierta, Arch vio a una señora joven saltando de la cama, poniéndose una bata y corriendo hacia la cuna donde dormía un niño pequeño. El marido salió de una habitación contigua llevando a una niña en brazos.

El Hotel se había convertido en una casa de locos.

-Vamos nosotros también -dijo Arch empujando a Luisa hacia la escalera.

La señorita Ettien se serenó rápidamente.

-Sólo ha sido un temblor sin importancia. El edificio es muy sólido. Fue construido con estructura de acero sobre cimientos de cemento.

Los huéspedes salían disparados por todas las puertas. Se escuchaban por todas partes llamadas, gritos y llantos de mujeres y niños.

-El comienzo de los terremotos no estaba anunciado hasta dentro de dos días -arguyo Luisa Ettien.

-Déjese de tonterías, miss Ettien.

Arch empujó a la joven hacia la escalera. Una señora venía con un bebé en brazos, otro de la mano, y un niño llorando cogido a su camisón. Arch cogió al niño y a la niña en cada brazo.

-¡Sígame, señora! -gritó.

Una mujer cayó en la escalera, produciéndose gran confusión.

Hubo un tercero y violentísimo temblor cuando Arch llegaba con los niños al primer piso. Un formidable grito de horror se escuchó al mismo tiempo que se hundía la escalera arrastrando a todos cuantos en ella se encontraban en ese momento.

Una nube de polvo se levantó de los escombros de la escalera. Del techo cuarteado se desprendieron grandes pedazos de yeso. Los tabiques se agrietaron, y una porción del piso del corredor se hundió bajo los pies de un

hombre como una trampa mortal oculta por la alfombra.

En este momento se apagó la luz.

Un grito de espanto surgió de mil gargantas al hacerse súbita la oscuridad.

-¡Esperen, no se muevan! -gritó Arch.

En el bolsillo de su pantalón llevaba una pequeña linterna extraplana. En el breve intervalo, mientras buscaba la linterna y la encendía, se escuchaban los lamentos de los heridos atrapados entre los escombros de la derruida escalera.

-¡Por detrás! -gritó Luisa Ettien apareciendo junto a Arch-. Hay una escalera de incendios que da al jardín por la parte de atrás.

La joven parecía tanto más serena ahora cuanto más aumentaba el pánico entre sus huéspedes. Le cogió a Arch el niño más pequeño, y guió al grupo hacia una ventana que daba al corredor. Varias cerillas y encendedores brillaban aquí y allá en la oscuridad.

-Sus huéspedes harán bien permaneciendo al aire libre algunos días, hasta que pase el peligro de los terremotos. Me gustaría poder ayudarles en el rescate de los heridos, pero ahora debo marcharme.

-Adiós, comandante Miles. Muchas gracias por todo -murmuró la joven.

Por una alameda bordeada de setos, Arch alcanzó la verja y salió a la calle. Cruzaban en todas direcciones personas que huían espantadas. En alguna parte, detrás de las montañas que rodeaban el lago, debía haberse declarado un incendio en el bosque. Al menos tal se deducía por el resplandor.

De pronto, con una ruidosa explosión, Arch vio elevarse un cráter de llamas que arrojaba a gran altura piedras incandescentes.

No era, pues, un incendio lo que veía, sino el fuego de un nuevo volcán que repentinamente entraba en erupción.

Patrick Tucker apareció al lado de Arch.

-¡Miles! ¿Está usted bien? Intenté subir en su busca, pero encontré la escalera derruida e iba a dar la vuelta por detrás.

-Estoy bien, Patrick. ¿Y el resto de los muchachos?

-Se fueron en dirección al embarcadero. ¿Has visto ese volcán?

-Vamos, Patrick. Son más de las doce y ya deberíamos estar volando.

Pasaron ante un edificio en ruinas. Era un Hotel. Estaban llegando soldados en camiones y sonaba en alguna parte el alarido largo y escalofriante de una sirena. Lejos, sobre las montañas, empezaba a elevarse un cuerpo celeste de vivo y frío resplandor azul.

Era el planeta errante. Tucker levantó los ojos hacia el planeta y murmuró entre dientes:

-¡Maldito seas! ¿Por qué no das media vuelta y te largas de una vez?

Tucker, como Miles, sabía que esto no ocurriría. Por el contrario, el planeta seguiría acercándose, hasta que al alcanzar su máxima proximidad ocasionaría la catástrofe de la cual estaban viviendo el principio.

En el embarcadero de madera estaban esperando las tripulaciones de los cuatro «Serok». Una parte del personal ya se había embarcado en los botes. Arriba, en las laderas de los montes, brillaban las lámparas de los acampados. Las ambulancias dejaban oír sus sirenas en la ciudad.

-Wade, Stout, Copper -llamó Arch a los tres comandantes-. ¿Están completas sus dotaciones?

Los tres oficiales respondieron afirmativamente.

-Embarquen y prepárense para despegar inmediatamente.

Apenas el bote tocó el casco del *Seagull,* Arch Miles se quitó la chaqueta y se dirigió a la cabina de mando seguido del capitán Mullan.

La puesta en marcha de todo un superhidroavión era una tarea bastante más prolija que el despegue de un avión corriente. Con todo, a la media hora de reunirse las tripulaciones en el embarcadero, los cuatro gigantescos hidros hacían girar sus enormes hélices y largaban las amarras que les sujetaban a las boyas.

Zumbando poderosamente, las aeronaves viraron lentamente poniendo proa al lago. Sus reflectores barrieron la rizada superficie del agua tendiendo como una pista luminosa por la que se lanzaron zumbando abriendo amplia estela de espuma.

- *Albatros* a *Seagull* -sonó la voz del comandante Copper en los auriculares de Arch-. En el aire.

-En el aire -anunció Wade.

Y poco después fue la voz de Stout:

-En el aire.

Los cuatro hidroaviones, en correcta formación de la a la derecha, volaron en la noche hacia el Sur.

A las 4 de la madrugada, 12 de diciembre, la escuadrilla alcanzaba el extremo meridional de la península de California, viraba a babor y volvía hacia el Norte sobre el golfo.

Al amanecer, Arch Miles estaba volando sobre Arizona, donde él y sus pilotos avistaron numerosas fumarolas de varios volcanes en actividad. Phoenix, en la ruta de los hidroaviones, no parecía haber sufrido daño alguno. Por el contrario, al acercarse a Hagstaff, podían ver de lejos una negra y alta columna de humo.

La ciudad, después de sufrir un violentísimo terremoto, había sido destruida por el fuego. Varios helicópteros sobrevolaban las ruinas de la ciudad.

-Comandante, ¿le importa que nos acerquemos a casa para ver cómo se encuentra la familia? -sugirió el sargento Tucker por los auriculares.

Ordenando al resto de la formación que continuara el vuelo hacia el Norte, Aren inclinó su máquina sobre un ala y sacó al *Seagull* de la formación desviándose hacia Sedeman.

Volando a poca altura sobre el rancho de los Tucker, Arch vio un grupo de personas que les hacían señas desde el suelo. El techo de la casa se había hundido, no pareciendo, por lo demás, que el edificio hubiera sufrido mayores daños. Los Tucker habían extendido un gran toldo amarillo sobre algunos postes, formando una gran tienda de campaña a la que habían llevado diversos muebles sacados de la casa.

Se veían algunos hombres removiendo los escombros de la techumbre derruida.

Arch efectuó varias pasadas en vuelo rasante hasta que el sargento Tucker comunicó por el teléfono de a bordo:

-Veo a papá y mamá haciéndome señas. No cabe duda que los dos se encuentran bien. ¡Y yo que me alegraba porque nuestro rancho estaba fuera del peligro de la inundación! Mamá dirá ahora que es castigo de la Providencia.

Sacudiendo las alas en señal de despedida, Arch enderezó el rumbo para reunirse con el resto de la escuadrilla que iba por delante.

Una hora más tarde, los «Serok» volaban sobre Salk Lake City.

La vieja ciudad había sufrido, sin género de dudas los efectos del terremoto. Los grandes edificios del centro comercial de la ciudad aparecían en ruinas, en tanto que el resto, formado en su mayoría por casas pequeñas rodeadas de prado y seto, parecía no haber sufrido graves daños.

En Boise, capital del estado de Idaho, no se notaban efectos de terremoto alguno.

Todavía aquella mañana volaron sobre Seattle, ciudad abandonada y muerta, como San Francisco. Portland también había sido evacuada.

Desde la desembocadura del Columbia, a todo lo largo de la costa, los pequeños puertos pesqueros y centros madereros aparecían desiertos.

Aquella tarde, mientras volaban hacia el Sur siguiendo la costa, Arch alcanzó a ver a su izquierda una enorme columna de humo y cenizas. Era el pico Lassen, que después de varios años volvía a entrar en plena actividad.

Al volar de nuevo sobre San Francisco y mirar a los muelles, Arch descubrió que la marea estaba subiendo considerablemente. En efecto, estaba previsto que en los días 12 y 13 de diciembre se producirían mareas altas que culminarían en la mañana del 14, cuando el planeta errante alcanzara su máxima proximidad a la Tierra.

Arch se quedó volando sobre la ciudad, observando cómo se formaban mar adentro largas olas que venían rodando y creciendo en altura, para estrellarse contra la costa. El nivel del mar lamía los bordes del muelle donde Arch y sus compañeros estuvieron días atrás. Finalmente, una ola

arrojó sobre el muelle los botes que todavía seguían amarrados a los norays de hierro. El agua corrió por los muelles y puso a flote gran número de cajones, tablones y traviesas por allí esparcidos.

De pronto, un largo estremecimiento hizo rizar las aguas de la bahía, pero Arch sólo adivinó que se estaba produciendo un nuevo terremoto cuando vio saltar una ola gigantesca y vio cuartearse y desmoronarse un edificio de veinte pisos que se levantaba cerca del muelle.

Lo que Arch y sus pilotos vieron a continuación desde el aire parecía más bien una escena trucada de cine. Los edificios se agrietaban, caían los muros como castillos de naipes y se hundían las techumbres entre grandes nubes de polvo. Pero ningún sonido llegaba hasta la hermética cabina climatizada de los pilotos.

El seísmo duró tres minutos exactamente, y en este tiempo quedó casi totalmente destruida la ciudad. Fue algo terrible.

-Los californianos emplearon otros sesenta años en levantar esta ciudad sobre las ruinas de la que destruyó el anterior terremoto. Y han bastado tres minutos para aniquilarla -murmuró el capitán Mullan, impresionado.

-Luego... ¡ríase usted de todas las bombas de hidrógeno! -exclamó Patrick Tucker, como colofón.

Al cesar el terremoto, las aguas del mar empezaron también a retirarse. Arch Miles informó por radio a su base de lo que había visto. Luego despidió a los restantes aviones para que fueran a cubrir las zonas que les habían sido asignadas, y él continuó describiendo amplios círculos que abarcaban el lago Tahoe hasta cien kilómetros mar adentro, teniendo por círculo la destruida ciudad de San Francisco, con el pico Lassen en un extremo y Los Ángeles en el extremo opuesto.

Sintonizando las emisoras nacionales, los tripulantes del *Seagull* escucharon aquella tarde una versión de la destrucción de San Francisco comunicada por ellos mismos. Otras noticias daban cuenta de la destrucción de Méjico, Quito, Lima y otras muchas ciudades sudamericanas situadas a lo largo de la cordillera andina. En Europa, el Etna y el Vesubio entraban en plena actividad. Otros volcanes en las islas Canarias, Azores y Martinica, atemorizaban con sus explosiones y temblores de tierra a la población.

Los seísmos eran particularmente violentos en el Japón, Formosa, Filipinas e Indias Orientales.

El día 13, hacia el mediodía, el comandante Miles se encontraba de nuevo sobre San Francisco anotando cuidadosamente el movimiento de la marea. Esta vez, el nivel del mar alcanzó fácilmente el muelle y corrió por las calles de la ciudad poniendo a flote los maderos de las casas en escombros. El mar cubrió la península sobre la cual se levantaba el presidio de Sing-Sing.

Curioso por ver lo que ocurría en otras partes, Arch enderezó el rumbo hacia Los Ángeles, volando sobre la costa.

Una hora de vuelo le llevó sobre Long Beach, donde los magníficos hoteles de la playa seguían en pie. Solamente los más altos edificios sobresalían de la espuma de las olas. El mar corría tierra adentro llevando botes, balandros, balsas con trampolines, pelotas de goma gigantescas y toldos multicolores.

-Mañana será mucho peor -murmuró Arch, mientras hacía virar su aparato en dirección a Los Ángeles.

En efecto, todo el aparatoso despliegue de las titánicas fuerzas telúricas, con su copiosa lista de ciudades destruidas, sólo era el preludio de algo más espantoso que iba a suceder a continuación.

La noche del 13 de diciembre cerró sobre todo un continente con 300 millones de almas que iban a mantenerse en atenta vigilia. El fatídico 14 de diciembre iba a amanecer, pero Arch Miles había dejado de pensar en las tierras inundadas y las ciudades destruidas. Algo infinitamente peor podía ocurrir, y esto solamente lo sabían unos pocos hombres en todo el mundo.

¿Trastornaría el paso del planeta el movimiento de rotación de la Tierra, hasta el punto de alterar la situación de los polos? Y si esto ocurría, ¿a quiénes señalaría el dedo inexorable del Destino? ¿Qué país, nación o continente sería la víctima de esta catástrofe?

## Capítulo IV

Catorce de diciembre. 0130 a.m. (meridiano del Pacífico). Por primera vez la Tierra veía en su cielo nocturno dos lunas. Una, la Luna natural, satélite y fiel compañero de la Tierra, había empezado a escalar el cénit cuando la otra luna brotó del horizonte.

Aquel disco brillante, algo mayor que la Luna, irradiando una luz azul y traicioneramente bella, era el planeta errante. No un amigo, sino el peor enemigo que en este instante tenía la Tierra. Cuando ambos cuerpos celestes se conjugasen, situándose el uno detrás del otro, ambos sumarían sus fuerzas para tirar de la Tierra e hinchar las aguas de sus mares con la succión de una monstruosa ventosa.

-Sí, eso ocurrirá dentro de tres horas, aproximadamente, pero los efectos de la marea no empezarán a sentirse hasta el amanecer -dijo Arch Miles mientras contemplaba aquel brillante disco azul.

Por el momento, la Luna y el planeta errante realizaban una carrera; la Luna, con un buen trecho de ventaja; el planeta, detrás. Ambas sumaban su propia luz para iluminar la Tierra, creando el falso efecto de un día prematuro.

El tiempo había sido bueno hasta entonces, mas a partir de este momento era difícil predecir. Arch Miles empezó a encontrar nieblas a medida que volaba hacia el Norte desde Los Ángeles. Sobre San Francisco había un banco de nubes. Empezó a llover. La lluvia azotaba los cristales de la cabina del *Seagull* y la oscuridad envolvió a los aviadores.

-Subamos a seis mil metros -dijo Arch a su copiloto.

El avión se remontó con facilidad a esa altura, donde volvieron a encontrar cielo despejado y abundante luz procedente de la Luna y el planeta errante.

La voz del teniente Dunne llegó a través del teléfono desde la cúpula acristalada de su pequeño observatorio astronómico.

-Navegador a comandante. ¡Atención, Miles! Mire a babor.

El lado de babor era precisamente el que Arch ocupaba en la cabina de mando. Pegó el rostro al cristal de la ventanilla de su izquierda y miró hacia afuera.

Al principio creyó que se trataba de un gran avión de pasajeros que pasaba por su lado, pero pronto comprendió que no era esto. El largo cuerpo fuselado que vio a través de los cristales tenía la forma de un cigarro, pero estaba desprovisto de alas. En cambio, mostraba una protuberancia en su parte media, correspondiente a la parte de arriba, lo que

le hizo pensar que estaba viendo un submarino.

-¿Un submarino? -pensó en voz alta. E inmediatamente comprendió el absurdo de sus palabras. Los submarinos no iban por el aire a mas de seis mil metros de altura.

-¡Un cigarro volador, Arch! ¿Lo ve? -exclamó la voz excitada de Dunne.

La extraña máquina sólo estuvo cinco segundos al lado del gran hidroavión.

De pronto se apartó a la izquierda y se zambulló en el banco de nubes, desapareciendo de vista con extraordinaria agilidad.

-Teniente, respóndame a esto -gritó Arch-. ¿Hemos visto visiones?

-No creo, señor. Era... como usted dijo. Como un submarino. Pero no tenía alas y volaba como...

-Naturalmente, los submarinos no tienen alas -dijo el capitán Mullan-. ¿No sería uno de nuestros dirigibles?

-Era de color oscuro, ¿no es cierto, Miles? -preguntó el navegante, sin hacer caso de las observaciones del copiloto-. Y tenía unas ventanitas en la torrecilla por donde se veía luz.

Arch no había visto esto. Y temió que muy pronto él y Dunne estarían en completo desacuerdo sobre lo que en realidad vieron.

-Sargento Prenty. ¿Ve usted algo en su pantalla de radar?

-Ahora no, señor.

-¿Y antes?

-No estaba mirando.

-¡Su obligación es estar mirando continuamente la pantalla de radar, sargento Prenty!

-Sí, señor.

Siguió un silencio desusado en todas las ramificaciones de la línea telefónica de a bordo.

-Desde luego lo vi, de eso estoy seguro. Tenía la forma de un cigarro con una gran protuberancia en la parte de arriba, una cabina.

-¡Basta, Dunne, vamos a olvidarnos de eso!

-¡Pero si pudo ser una aeronave llegada de ese planeta errante, señor! ¿No sabemos que el planeta tiene una atmósfera como la nuestra? ¿No nos han asegurado que la vida es perfectamente posible en él, al menos alguna clase de vida?

-No quiero oír hablar siquiera de semejante tontería. ¿Cuál es nuestra posición en este momento, Dunne?

-No lo sé, comandante.

-Usted es el oficial navegador. La nave vuela confiada a sus manos. Si no es capaz de decir en cualquier instante dónde nos encontramos, resulta que...

-Volamos sobre Monterrey, señor -cortó el navegador con voz seca.

-Espero que no se haya equivocado. Mullan, descienda por debajo del techo de nubes. Quiero echarle una mirada al mar.

El *Seagull,* obediente a los mandos, se zambulló en el vaporoso mar de nubes, envolviéndose de nuevo en el horror de las pegajosas tinieblas.

De nuevo la lluvia azotó los cristales de la cabina. Al nivel del mar la visibilidad era nula.

-¡Atención, observador radar a comandante! Dos aviones se acercan a nosotros por el lado de babor.

Arch prestó atención a este informe, pues, siempre era de temer una colisión con otros aparatos en la oscuridad. -¿Cuál es su posición?

-Rumbo tres, uno, ocho. Distancia, treinta millas. Si espera unos minutos le daré su rumbo.

-De acuerdo, espero.

Una espera de tres minutos. Luego, de nuevo, la voz de Prenty. -Su rumbo es Oeste a Este.

-¿Señales de identificación?

-No hay señales.

-No hay señales -rezongó Aren para sí, aunque no tan bajo que no pudiera oírse a través del teléfono-. ¿Cuál es su altura aproximada, sargento?

-Aproximadamente, ocho mil metros, señor.

-Mullan, vamos a subir a ocho mil metros. ¿Estamos dando nuestras señales de identificación?

-Sí, señor.

El copiloto avanzó la palanca aceleradora y el gigantesco hidroavión empezó a remontarse a través de la oscuridad.

-¿Quiere echarle un vistazo a esos individuos, eh? -dijo el teniente Dunne, excitadamente-. Voy a preparar mi cámara fotográfica. Si son «cigarros voladores» los fotografiaré para que no haya disputas sobre si los vi o he soñado que los veía.

Arch no contestó. Seguía estimando como una tontería la posibilidad de que se encontraran en presencia de aeronaves de procedencia extraterrestre.

-¿Dónde se encuentran esos aparatos ahora, Prenty?

-Veinte millas a nuestra izquierda, viniendo hacia el Este.

-Diez millas en dos minutos -murmuró Arch-. No viajan muy aprisa.

En realidad viajaban demasiado despacio para tratarse de aviones a chorro. ¿Sería posible que fuesen los dos «Serok» que quedaron en la base de Milwaukee como reserva, regresando de alguna misión en las islas Hawai?

Lo extraño, en este caso, es que no emitiesen las señales electrónicas de identificación de todos los aparatos de las Fuerzas Aéreas norteamericanas.

A tres mil metros de altura, el *Seagull* irrumpió en un cielo estrellado bajo la luz irradiante del misterioso planeta. El hidroavión siguió subiendo mientras Arch Miles pegaba su rostro al cristal, registrando el espacio en busca de... lo que fuera.

La voz del sargento Prenty volvió a sonar en los auriculares de Arch Miles:

-Los aparatos han cambiado de rumbo y vienen directamente hacia nosotros, señor.

Sin razón para ello, Arch sintió un ligero estremecimiento.

-¡Diablo! -exclamó entre dientes.

Prácticamente, toda la dotación del *Seagull* se amontonó en las escasas ventanilla? del casco del lado de babor.

-¡Ahí están, muchachos... a la izquierda! -chilló la voz excitada del sargento Tucker.

Los aparatos desconocidos eran visibles ahora, incluso de lejos, por la luz que salía de media docena de agujeros en su casco fuselado. Se acercaron con mucha rapidez, situándose a babor del hidroavión.

No eran aviones, por descontado. La luz de la Luna y la más viva que emitía el planeta errante los bañaba completamente. Ahora, Arch pudo ver algo que no vio antes; una hilera de tres protuberancias en un lado del casco, delante de cada cual centelleaba una hélice al girar a gran velocidad.

-Muchachos, son submarinos... ¡y llevan hélices! -exclamó una voz chillona por los auriculares.

Como si esta voz hubiera llegado a oídos de los desconocidos tripulantes de los fantásticos aparatos, ambos, actuando en perfecta sincronización, se hundieron en el espacio a un tiempo. Fue como si de repente les fallara la misteriosa fuerza sustentadora que los hacía. flotar en el aire.

Cayeron al vacío como piedras y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Fantástico! -exclamó la voz del teniente Dunne.

-¡Se han esfumado! -dijo otra voz.

-¡Silencio! -bramó Arch.

El *Seagull,* al bajar en pronunciada picada, dejaba oír el silbido del aire bajo sus enormes alas.

-¡Sargento Prenty! ¿Dónde están esos malditos aparatos ahora?

-Debajo de nosotros, comandante. Parece que se han parado. Yo... creo que se han posado en el mar.

Arch echó un vistazo a la esfera del altímetro. La aguja señalaba dos mil metros de altura. Pero el hidroavión descendía con mucha rapidez ahora. La mano de Miles buscó en el intrincado cuadro de instrumentos un botón con una plaquita donde figuraba una inscripción: «Bengalas».

Pulsó el botón.

Dos bengalas se desprendieron de las alas del avión y fueron expulsadas lejos. Los pequeños paracaídas se abrieron y las bengalas empezaron a descender despacio, con medroso chisporroteo.

Mullan tiró suavemente de los mandos empezando a enderezar el aparato.

-¿Dónde están ahora, sargento? ¿Los ve todavía? -preguntó Arch apoderándose de los mandos.

Mullan retiró sus manos del doble mando que hasta entonces había manejado.

-Los estamos dejando atrás por la cola, señor.

Arch inclino el «Serok» sobre el ala de estribor y describió un viraje cerrado que casi sacó a los tripulantes de sus asientos. Las bengalas salieron de las nubes esparciendo vivísima luz sobre el agitado mar.

-¡Allí están! -gritó el teniente Dunne desde su cúpula acristalada-. Delante de nosotros, un poco a la derecha.

-Mullan, los focos.

El copiloto se inclinó sobre el cuadro de instrumentos y movió dos interruptores. Dos largos brazos de luz salieron de las alas del «Serok» barriendo el tenebroso mar. Los focos fueron, finalmente, a caer sobre una nave que flotaba balanceándose sobre las alborotadas olas.

Era uno de los «cigarros voladores».

Zumbando con toda la potencia de sus motores, el *Seagull* se abalanzó sobre la fantástica aeronave clavándole sus reflectores como un naturalista clava una mariposa con alfileres.

-¡Se está sumergiendo! -exclamó el capitán Mullan con voz ronca de asombro.

En efecto, el extraño «cigarro volador» se hundía en el seno de las aguas rodeado de espuma.

Cuando Arch tiró de los mandos y el *Seagull* pasó zumbando sobre la fantástica máquina, ésta había desaparecido casi por completo bajo las aguas. Sólo su torrecilla asomaba. Y cuando el teniente navegador miró atrás desde la cúpula acristalada, ya ni siquiera esto se veía.

-¡Se ha sumergido! -anunció Dunne-. Allí veo al segundo «cigarro», también se está sumergiendo.

Arch elevó su máquina, empezó a virar y llamó al sargento.

-James, ¿tenemos listo el detector magnético de fondo?

-Sí, señor.

-Pruebe a localizar esos submarinos.

El *Seagull,* como todos los de su clase, iba equipado del más moderno material de detección submarina. Entre este costoso y complicado instrumental, figuraba, en primer lugar, el detector magnético de fondo, el

cual había sido creado, en principio, para auxiliar la labor de los oceanógrafos en el trazado de cartas del fondo submarino. Cualquier variación del fondo submarino, por pequeña que fuese, quedaba registrada en la sensitiva aguja de aquel aparato, lo cual había resultado excelente para rastrear submarinos.

En efecto, un submarino que navegase en inmersión, era una «variación de fondo» que el aparato registraba con una oscilación de su aguja, y esto era tanto más de notar cuanta mayor era la profundidad del fondo verdadero, en contraste con el «fondo» que producía el submarino al rebotar en él las ondas magnéticas emitidas por un avión o un dirigible que estuviese volando sobre él.

La sensibilidad y eficacia de este aparato había llegado a ser tal, que casi había arrinconado por inútiles las boyas acústicas equipadas de micrófonos que recogían los ruidos producidos por los submarinos, transmitiendo por radio su dirección e intensidad a los aviones que las sembraban desde el aire.

Arch abandonó de nuevo los mandos al capitán Mullan para ir personalmente a la cabina donde funcionaban los aparatos de detección submarina. El sargento James estaba inclinado sobre una gran esfera en la que oscilaba una aguja magnética.

-¿Los ha encontrado, James?

-Sí, señor. Ahora están moviéndose a gran velocidad en dirección Norte.

Arch utilizó el teléfono para ordenar a Mullan que volase en el rumbo de los misteriosos «submarinos voladores». Estos navegaban en inmersión a una velocidad realmente fantástica; algo más de cien nudos. Pero la velocidad mínima del hidroavión era superior a la máxima de los sumergibles, por lo que éstos quedaron pronto atrás y hubo que dar una vuelta para volar de nuevo sobre ellos.

-Si tuviéramos torpedos robot los destruiríamos o les obligaríamos a salir a la superficie -dijo Arch entre dientes.

-Saldrían a la superficie, y echarían a volar y se nos escaparían -dijo el sargento sin apartar sus ojos de la aguja.

En efecto, aquel trabajoso rastreo era tarea inútil sin medios para destruir u obligar a los sumergibles a rendirse.

-No les pierda la pista, voy a poner un radio a la Base.

El *Seagull* seguía rastreando los sumergibles una hora más tarde, cuando Arch recibió un radio en respuesta a su informe.

«Prosiga persecución buques desconocidos en inmersión. Enviamos refuerzos equipados armas antisubmarinas».

Firmaba el radio el vicealmirante Hassell.

Eran las cuatro de la mañana. En el firmamento, la Luna y el planeta

errante debían estar aunando sus fuerzas para tirar a un tiempo de las aguas del océano. A las 4, 35 recibieron una llamada del comandante Copper anunciando que estaba volando para reunirse con el *Seagull* . El radar confirmó poco después la presencia del hidroavión de Copper, el cual se puso a volar por encima describiendo también círculos sobre los submarinos sumergidos.

Todavía estaban persiguiendo a los submarinos hacia el Norte cuando empezó a difundirse por el cielo la grisácea claridad del alba. Las nubes aclararon poco después y Arch Miles pudo echar una ojeada al mar.

La superficie marina se encrespaba por momentos. El mismo viento que estaba barriendo las nubes, cogió al hidroavión de costado y lo zarandeó rudamente. Del mar se levantaron gigantescas olas que empezaron a correr velozmente hacia el Este. Había llegado el momento, el mar estaba creciendo.

-Estamos derivando, este viento es muy fuerte -comunicó Dunne desde su observatorio.

Mullan, habiendo rebasado a los submarinos que seguían escapando bajo el mar, iba a dar media vuelta para volver atrás. El viento cogió de costado al *Seagull* asestándole un golpe brutal. Se escuchó un crujido. Arch, que no había abrochado su cinturón de seguridad, fue arrojado violentamente contra el tablero de instrumentos. Toda la máquina se estremeció de la proa al extremo de su doble timón.

Mullan tuvo el buen sentido de conservar la proa al viento, con lo cuál el *Seagull* empezó a ganar altura.

-Miles, este viento es muy duro -dijo Mullan-. Temo que tendremos que desistir y buscar zonas más tranquilas volando más alto.

-Déjeme a mí los mandos -gruñó Arch mientras abrochaba su cinturón-. Quiero comprobar cómo es por mí mismo.

Arch empuñó los mandos. Al virar de nuevo hacia el Sur, el viento cogió al avión de través y lo arrastró como una pluma hacia la costa. Verdaderamente, el *Seagull* era demasiado voluminoso y pesado para combatir contra el huracán.

Arch se vio con apuros para enderezar el vuelo en la dirección del viento. Copper llamó por la radio asegurando haber perdido el rastro de los submarinos. Arch llamó al sargento James.

-¿Dónde están esos malditos submarinos, sargento?

-Acabo de perder contacto con ellos, señor. Los hemos dejado muy atrás hacia el Oeste. ¿No puede volver allí?

-No, James, déjelo -rezongó Arch resignándose-. Trataremos de escapar del ciclón ganando mayor altura.

A tres mil metros, el viento era todavía fortísimo. Arch siguió subiendo hasta una zona de relativa calma por encima de los cinco mil metros. Al

llegar aquí hirió sus ojos el primer rayo del sol naciente. Inclinó la máquina sobre el ala de babor y miró abajo.

¡La marea había alcanzado la costa y estaba inundando la tierra firme!

Arch viró a babor y se puso a volar siguiendo la costa, teniendo la tierra a su derecha y el océano Pacífico a su izquierda..

Arch vio entonces lo que todos vieron; una inmensa ola coronada de espuma que, viniendo de la lejanía del Pacifico central, rodaba ocupando de un extremo a otro del horizonte en dirección a la tierra. Aquella muralla líquida avanzó... avanzó creciendo y espumajeando, saltó a enorme altura y se abalanzó sobre la costa, sepultando ciudades, bosques y montañas...

Mudos de espanto, los aviadores estaban siguiendo el avance de la marea, cuando se escuchó en los auriculares la voz del teniente Dunne:

-¡Hola! ¿Qué ocurre ahora? Mi brújula se ha vuelto loca.

Arch apartó los ojos del mar y los fijó en la brújula del cuadro de instrumentos. La aguja imantada giraba locamente en la esfera. Levantó los ojos, frunció el ceño y miró al sol.

-Dunne -llamó por teléfono con voz crispada por el temor-. Fíjese bien en el sol. ¿Se ha parado?

-¿Cómo dice?

-Mire hacia el Sol. ¿Se ha parado?

-¿Cómo demonios quiere que se pare el Sol?

-Se lo diré de otro modo. ¿Se ha parado la Tierra? -insistió Arch. Y sobrevino un largo, un estupefacto y aterrorizado silencio.

Pasó un minuto. Luego, la voz sofocada de Dunne resonó en los auriculares de toda la tripulación:

-Miles, creo... parece como si el Sol no se moviera, ¿verdad? No, espere. Sí se está moviendo... ¡pero no hacia el cénit! ¡Miles, el Sol se mueve a baja altura en dirección al Sur! ¿Cómo puede ser esto?

Arch sabía cómo podía ocurrir esto. Las previsiones de los astrónomos se venían realizando una tras otra. La Tierra había cambiado el plano de sus ejes. Lo estaba cambiando en este mismo instante.

# Capítulo V

El *Seagull* volaba de nuevo hacia el Sur a lo largo de las tierras anegadas. La tripulación, en estupefacto silencio, escuchaba explicación que su comandante estaba dando sobre la anómala pereza del Sol a elevarse sobre el horizonte.

-Si se sabía lo que iba a ocurrir, ¿por qué nos lo ocultaron? -protestó airado el sargento Tucker.

Arch contestó:

-Nadie podía saberlo con certeza, Tucker. Yo apruebo la intención de los hombres que guardaron para sí ese secreto. Si se trataba de una pura hipótesis, no había necesidad de asustar a la gente más de lo que lo estaba. Por otro lado, si la teoría iba a realizarse, nadie podía evitarlo. Si el mundo ha tardado dos meses en saber esto, el mundo se ha ahorrado sesenta días de incertidumbre y zozobra..

La voz del teniente Dunne se escuchó ahora en los auriculares:

-¿De modo que la Tierra ha cambiado de posición, y a nosotros nos ha tocado la China?

-¿Por qué dice eso, Dunne? ¿No es un poco pronto para asegurar que el futuro Polo Norte nos caerá precisamente a los norteamericanos?

-Ojalá me equivoque, Miles. Si ese Sol no cobra ánimos y se levanta sobre el horizonte, tan seguro es que el Polo está aquí, como me llamo John. El Sol dará vueltas rodeando el horizonte, luego se ocultará... y tendremos una noche de seis meses seguidos. Nuestras fértiles praderas serán cubiertas por la nieve, nuestros ríos se helarán y los mares que nos rodean se convertirán en bancos de hielo. ¿Se da cuenta, Miles? Eso significa la ruina total de nuestro país, el hambre y la miseria...

Arch, abrumado ante las sombrías perspectivas que se cernían sobre su país, guardó amargo silencio. La tripulación entera comentaba llena de horror y excitación el acontecimiento que acababa de producirse. Arch se arrancó los auriculares y los tiró al rincón de la cabina.

Ahora, Miles adoptaba una nueva actitud frente a la destrucción y la muerte. Aquella mañana, mientras volaba en su hidroavión, podía ver millas y más millas cuadradas de extensión líquida cubiertas de maderos, flotantes techumbres, muebles y animales muertos por doquier.

Frecuentemente, en alguna altura, alcanzaba a ver un rebaño de vacas, caballos y ovejas apiñados en un espacio inverosímil rodeados de agua. La inundación había rebasado los cálculos más pesimistas y, entrando por los ríos, había anegado también los valles altos.

Vio cadáveres de personas flotando en el agua, y vio personas en riesgo de perecer ahogadas, encaramadas en las techumbres de algunas granjas aisladas. Su deber era comunicar por la radio la situación de estos náufragos, llamando a los helicópteros que volaban en todas direcciones, multiplicándose en el ejercicio de una empresa llena de riesgo y sacrificio.

Llegando hasta San Diego, Arch sobrevoló la Baja California y se encontró volando sobre el estado de Arizona.

El mar, remontando el Colorado River y el Gila, había inundado el desierto hasta más allá de Gila Bend. Todas las alturas que surgían aquí y allá en la inmensa laguna estaban llenas de ganado que mugía lastimeramente. Rancheros, indios y mejicanos hacían desesperadas señas al hidroavión que pasaba zumbando sobre sus cabezas.

Una profunda indiferencia se había apoderado de Miles a la vista de tanta ruina y dolor. Nada era peor que la transformación de Norteamérica en un desierto de hielo. El destino se revolvía contra esta nación, tan abundantemente dotada por la Naturaleza. Al fin, éste no era sino el comienzo de un desastre más completo, más duradero y total.

Felices podían considerarse las víctimas de este desastre, que no verían la catástrofe final.

-Comandante, ¿ha visto esa pobre gente en ese tejado? La casa no aguantará -era Mullan quien señalaba atrás con el pulgar.

-¿Es que nadie sabe nadar?

Mullan le miraba sorprendido y Arch comprendió la crueldad de su brutal respuesta.

-Sí, vamos a echarles una mano -murmuró avergonzado.

El *Seagull* se posó en el agua, avanzando despacio con el impulso de sus hélices hasta que pudo destacar dos botes de goma que fueron en busca de los aislados rancheros. Una familia completa, incluidos dos perros, un gato y un cerdo, pasaron a bordo del superavión atómico.

Todavía aquella mañana el *Seagull* hizo ocho amarajes más, en los que recogió en total a 63 personas y cierto número de animales domésticos. El problema, después de esto, consistió en buscar un lugar, no demasiado lejos, donde el hidroavión pudiera acuatizar y descargar en seguridad su pasaje.

-Tahoe Lake es un buen sitio -sugirió Mullan.

A primeras horas de la tarde, el *Seagull* se deslizaba sobre las tranquilas aguas del lago e iba a echar amarras ante el embarcadero de madera.

Crystal Bay estaba completamente destruida por los terremotos. El Hotel Crystal era el único que conservaba sus paredes en pie. Fue a la vista del edificio, que se levantaba junto a la carretera en lugar visible desde el lago, cuando Arch Miles sintió despertar su entumecido sentimiento de humanidad. Esto ocurrió al preguntarse si le habría ocurrido algo a Luisa

Ettien. A él mismo le sorprendió que todavía fuera capaz de sentirse preocupado por la seguridad de alguien.

Estaba pensando aprovechar uno de los viajes de los botes para desembarcar, cuando el sargento Tucker entró en la cabina llevando un mensaje que acababa de recibir por radio.

Era un mensaje del vicealmirante Hassell, ordenando al hidroavión el inmediato regreso a la Base de Milwaukee.

-Está bien, saldremos enseguida -dijo Arch.

El sol, detrás de las montañas, no alcanzaba a tocar las aguas del lago. Y no eran más de las dos de la tarde.

Mientras estaba viendo cómo el último bote desembarcaba el ultimo grupo de náufragos en el pequeño muelle, una bella figura de mujer apareció sobre los tablones del embarcadero. Arch cogió sus prismáticos y los asestó sobre la joven.

Era Luisa Ettien, seria y grave, mirando hacia el avión.

Arch forcejeó con los cristales para abrir la ventanilla. El capitán Mullan le miró intrigado:

-¿Qué quiere hacer?

Mullan no podía saberlo, y a Arch le pareció de pronto pueril su primer impulso de sacar el pañuelo por la ventanilla y agitarlo para llamar la atención de la muchacha.

La había visto y sabía que se encontraba bien. No era necesario más. El último bote regresaba hacia el hidroavión.

-Prepárense para despegar -dijo Arch secamente.

El sol cayó sobre las montañas y la noche sorprendió al *Seagull* cuando volaba sobre las Rocosas en dirección a los Grandes Lagos.

En Milwaukee, Arch encontró cuatro «Seroks» amarados cerca del varadero para hidroaviones. Una lancha a motor se acercó al costado del hidro y tomó a Arch a bordo para llevarle a tierra. Un automóvil le esperaba en el embarcadero.

Al entrar en la sala donde Hassell estaba reunido con los pilotos se hizo un denso silencio a su alrededor.

-¿Por fin llegó usted? Muy bien, vaya a sentarse -dijo Hassell.

Esta orden sorprendió a Arch. Esperaba ser interrogado acerca de los «cigarros voladores» y nadie le preguntó.

-Bien, capitán. Veamos esa película -dijo el vicealmirante a un oficial que se encontraba en el fondo de la sala junto a un proyector.

Las luces se apagaron, saltó la imagen desde el proyector a la pantalla y Arch vio unas confusas escenas en que el operador, no muy ducho en la materia, luchaba por alcanzar con su objetivo cinematográfico algún objeto que se le escapaba.

De pronto, sobre el fondo borroso de las tierras, apareció en primer

plano una máquina voladora. Arch casi pegó un brinco de su silla. La máquina en cuestión era un «cigarro volador». Se le veía perfectamente el cuerpo fuselado, la torrecilla aerodinámica en su dorso, y las tres protuberancias a un lado con las tres hélices girando.

-Uno de nuestros pilotos de reactores consiguió tomar esta película mientras volaba sobre Rochester -dijo el vicealmirante-. Varios de estos «cigarros voladores» han sido vistos volando en nuestro cielo desde unas horas antes de producirse la inundación.

También recibimos noticias de haber sido vistos sobre Europa, y su presencia ha despertado gran inquietud... Vean cómo el «cigarro volador» parece inmovilizarse en el aire mientras nuestro reactor adelanta y le deja atrás.

En efecto, el «cigarro volador» escapaba al objetivo de la cámara y en la pantalla volvían a verse rectángulos de diversos tonos oscuros que indicaban la situación de las granjas allá en tierra. Luego, de pronto, volvió a aparecer el extraño artefacto volador. Ahora la cámara le enfocaba por detrás.

-El «cigarro volador» se dejó fotografiar al principio -siguió explicando Hassell-. El piloto dice que parecía como si no le importase que le escudriñaran. Luego dio muestras de timidez y quiso escabullirse. No son máquinas demasiado rápidas. Nuestro reactor pudo perseguirle con facilidad gracias a su mayor velocidad. De repente, esa misteriosa máquina se lanzó a escalar el ríelo...

El avión reactor portador de la cámara describía una vuelta, y luego eran vanos cuantos esfuerzos hacía para capturar de nuevo al «cigarro volador». Se veía a éste en un fotograma de apenas tres segundos como inmóvil en el aire, haciendo girar sus hélices. Y desaparecía.

Las luces se encendieron en la sala de proyección y el vicealmirante subió al estrado de madera mirando en torno a los rostros intrigados de los aviadores.

-Éste fue un caso en el que el «cigarro volador» se desvaneció en el aire después de haber sido seguido hasta doce mil metros de altura. El informe del piloto dice: «Siguió subiendo como un globo, y se desvaneció en el espacio». Ahora, vamos a escuchar un relato verbal de otro caso en que los «cigarros voladores» desaparecieron... sumergiéndose en el mar. Comandante Miles, ¿quiere tener la bondad de subir al estrado?

Arch se puso en píe, cruzó entre las filas de sillas seguido de la mirada de curiosidad de sus compañeros y fue a situarse en el estrado junto al vicealmirante.

Contestando a las preguntas que le hacía Hessell, Arch relató sus dos encuentros con los «cigarros voladores», y cómo luego se, escabulleron entre las nubes yendo a posarse en el mar. Dijo, cómo les había visto

sumergirse a la luz de las bengalas y los focos del hidroavión, y resumió el largo y pacienzudo rastreo de los sumergibles hasta que el huracán les obligó a retirarse de la zona abandonando la persecución.

-Gracias al testimonio del capitán Contor y el comandante Miles, tenemos un informe fidedigno de cómo son y cómo se mueven esos desconocidos aparatos que nos visitan -dijo el vicealmirante-. ¿Quiere regresar a su silla, comandante?

Miles así lo hizo. Hassell hizo una larga pausa y continuó:

-Caballeros, nuestra patria vive una de las experiencias más funestas de su historia. El azar nos ha convertido en víctimas de ese planeta errante que acaba de cruzar la órbita de la Tierra. Como todos ustedes ya saben, el eje de la Tierra ha sido desplazado de lugar y el Polo Norte se ha trasladado a nuestro país. Las consecuencias de este fenómeno son excepcionalmente graves para nosotros. El cambio de clima afectará a todo el mundo, pero a ningún otro país como a los Estados Unidos. Estamos, pues, en el principio de algo que va a cambiar fundamentalmente la forma de vida de nuestro pueblo, y estos cambios repercutirán también sobre el resto de la población del planeta. El mundo tal vez esté amenazado de algo más grave que una inundación de las tierras y un desplazamiento de los casquetes polares. El pueblo americano encontrará, sin duda, una forma de sobrevivir a este desastre. Pero otra forma de desastre irremediable sería una invasión de nuestro planeta por seres inteligentes del planeta errante que nos ha traído todo este trastorno.

Hassell hizo una pausa mirando a sus oyentes, como dándoles tiempo para asimilar las palabras que acababa de pronunciar. Luego continuó y dijo:

-Los últimos datos obtenidos sobre la naturaleza y configuración de ese planeta, sumados a los que hemos ido recogiendo en los últimos meses de observación, nos hacen temer que ese mundo esté habitado. El hielo que envolvía enteramente a ese planeta se está fundiendo, y bajo esa costra helada están surgiendo tierras y océanos sobre cuya posible existencia sólo podíamos hacer conjeturas. Sabemos que ese planeta tiene una atmósfera similar a la de la Tierra, que su masa es aproximadamente igual o un poco superior a la de la Tierra. Por lo tanto, en condiciones favorables, no sería demasiado arriesgado asegurar que la vida, y precisamente la vida inteligente, es perfectamente posible en ese mundo. Ahora, una nueva circunstancia viene a sumar nuevos factores a esta posibilidad. El planeta errante, para el cual habremos de buscar un nombre, ha venido «a quedarse». Esto quiere decir que, atrapado por las fuerzas gravitatorias del Sol, ese mundo pasa a convertirse en el undécimo planeta de nuestro sistema solar, con una órbita alrededor del Sol que probablemente quedará entre la Tierra y Marte. En consecuencia, ese planeta será nuestro vecino

más próximo después de la Luna.

El asombro era patente en los hombres que escuchaban las explicaciones del vicealmirante. Los aviadores navales se miraron unos a otros, estregaron los pies contra el suelo y se agitaron en sus sillas dando muestras de inquietud.

-Ahora bien -continuó Hassell sin dar ocasión a que le interrumpieran-, si vamos a tener vecinos, deseamos conocerles cuanto antes. Necesitamos saber cómo son, cómo viven, qué piensan de nosotros y cuáles son sus intenciones.

-¿Sus intenciones respecto a la Tierra, quiere decir? -preguntó un comandante.

-Sí.

-No deben ser muy honradas -arguyó otro piloto-. Si sus intenciones fueran buenas, ya se habrían dado a conocer. Al menos eso es lo que yo pienso.

La conferencia iba a terminar en una exposición acalorada de los puntos de vista de cada uno, cuando Hassell levantó una mano y dijo:

-Silencio, por favor.

Los oficiales, algunos de los cuales ya se habían levantado de sus sillas, volvieron a sentarse a regañadientes.

-Evidentemente -prosiguió Hassell-, la forma solapada en que los intrusos se comportan, les condena. Tal vez alguien crea que ellos nos están observando y tratando de vencer su timidez antes de presentarse a saludarnos. Tal vez sea eso lo que por ahora les hace ir escondiéndose, pero no es probable. De cualquier forma, no permaneceremos cruzados de brazos esperando que ellos sean los primeros en tomar una decisión de cualquier clase que sea. Como inquilinos de este planeta en que vivimos, nos asiste el derecho de detener e interrogar a cualquier desconocido que invade nuestra casa furtivamente.

-¡Eso es justamente lo que yo iba a decir! -gritó una voz. -Por favor, tranquilícense. Les veo a todos ustedes inquietos y, sin duda, impacientes de emprender cualquier acción. El Gobierno de los Estados Unidos ha decidido por nosotros y nos ordena esto: buscar, hallar y capturar cualquier nave sospechosa de tener identidad extraterrestre; apresar, identificar e interrogar a persona o personas o seres desconocidos cualquiera que sea su naturaleza. La captura de tales aeronaves, naturalmente, significa esto. Captura o destrucción.

Hassell se detuvo a ver el efecto que esta orden causaba en sus pilotos. Satisfecho al parecer, continuó:

-Dada la naturaleza de la persecución que vamos a emprender, la Marina es el arma que reúne las condiciones idóneas para esta empresa. Y puesto esas naves misteriosas se mueven indistintamente en el aire y bajo el

mar, la Aviación Naval sugiere una aptitud excepcional para llevar adelante esta lucha. Nuestras unidades de superficie, excepto algunas pequeñas unidades refugiadas en los Grandes Lagos, se encuentran como ustedes saben, en Europa. Así pues, y descontando algunos submarinos atómicos que también se encuentran aquí, toda la Armada somos nosotros. Vamos a cargar y equipar los «Serok» para una larga misión de combate en el mar. Nuestros hidroaviones, en colaboración con los dirigibles, rastrearán y perseguirán esas aeronaves obligándolas a salir a la superficie. Si salen, nuestros cazas a reacción darán buena cuenta de ellas. Les sugiero que vayan a descansar mientras el personal de la Base alista sus aparatos.

Como eludiendo toda discusión y comentario, Hassell saludó y salió apresuradamente casi sin dar tiempo a los aviadores a ponerse en pie.

## Capítulo VI

El viento era frío, cortante como un cuchillo, cuando Arch Miles salió del dormitorio para dirigirse al comedor de los oficiales de la Base. Eran las ocho de la mañana. Un sol mortecino resbalaba sobre las oscuras aguas del lago corriéndose hacia el Sur sin elevarse apenas en el horizonte.

Había un termómetro de gran tamaño junto a la puerta de entrada al comedor, en su parte exterior. La temperatura era de 4 grados bajo cero. De seguir así, pronto se helaría el agua de los lagos. Y, una vez se helase, ya no volvería a fundirse jamás.

Con tan lúgubres pensamientos, Arch entró en el caliente comedor. Todos sus compañeros estaban ya allí tomando café, fumando y discutiendo acaloradamente.

Arch apenas había tenido tiempo de tomar una taza de café cuando fueron llamados a reunión en la sala de proyecciones.

El vicealmirante Hassell ya se encontraba allí. Y esta vez le acompañaba el almirante Brockway, Jefe del Destacamento Antisubmarino de la Armada.

-Señores -dijo Brockway cuando los últimos rezagados todavía estaban arrastrando las sillas-, el tiempo apremia. La temperatura está bajando y existe la posibilidad de que las aguas del lago se hielen, en cuyo caso quedarían clavados nuestros hidroaviones sin posibilidad de despegar. El vicealmirante Hassell les hará ahora una breve exposición del plan a desarrollar, especificando la misión de cada hombre y cada aeroplano. Inmediatamente despegarán y se dirigirán a las zonas que les van a ser señaladas.

Hacía frío en aquella sala de proyecciones mientras el vicealmirante leía las instrucciones a los pilotos, y no éste un frío puramente físico, sino algo más intenso y profundo que estaba clavado en la conciencia de aquellos hombres e irradiaba en rededor.

Mientras escuchaba, Miles pensaba y veía fatigados los rostros del vicealmirante Hassell y el almirante Brockway. También había sueño y tensión en casi todos los rostros de los pilotos, pues muy pocos pudieron conciliar el sueño después de las noticias que allí mismo les diera Hassell.

Al terminar la breve conferencia, los hombres empezaron a salir dirigiéndose a sus aparatos. Ahora había pocas discusiones. El abatimiento era general y alcanzaba a todos.

En el *Seagull,* los tripulantes ocupaban sus puestos. El hidroavión había sido cargado de boyas acústicas, cargas de profundidad y torpedos

autómatas que buscaban el blanco por sí mismos, la más moderna y terrible arma antisubmarina.

El *Seagull* despegó perezosamente con todas aquellas toneladas de carga y viró arrumbando a la costa del Pacífico. Parecía predestinado a no moverse del mismo sitio, pues la misión que le habían asignado consistía en registrar el fondo submarino en la misma zona donde había estado operando hasta entonces.

Tres horas después, Arch veía de nuevo las tierras anegadas de las cuales empezaban a retirarse lentamente las aguas. El nivel de la marea había descendido considerablemente y el mar, al retirarse de nuevo hacia sus dominios habituales, iba dejando atrás grandes lagunas y provocando el arrastre de enormes volúmenes de tierras hacia los valles bajos y el cauce de los ríos.

-Y ahora -dijo el teniente Dunne- comienza lo más divertido de la faena. Esto es como buscar una aguja en un pajar.

El símil podía aceptarse. Para que encontraran un submarino sumergido debían intervenir muchos factores, siendo el principal de todos la suerte. No era lo mismo saber dónde podía encontrarse el buque, siquiera fuese aproximadamente, que andar buscándolo a tontas y a locas con la esperanza de que la casualidad les pusiese en la ruta de aquél.

Sin embargo había una posibilidad, una posibilidad que no estaba en el mar, sino en el aire. Y la suerte, por primera vez en varios días, vino en ayuda de los tripulantes del *Seagull*

-Una comunicación, comandante -anunció el sargento Tucker-. Directa por radio.

-Mándela aquí -contestó Arch.

Casi enseguida escuchó una voz desconocida hablando auriculares.

-¡Hola, Gaviota! ¡Aquí Sabueso! «Sabueso», según Arch sabía, era la contraseña para las escuadrillas de reactores que operaban en su zona.

-Gaviota al habla. Diga, Sabueso.

-Acuda rápidamente a la posición que le indico; Eureka, tres grados al Sudoeste. Uno de esos «cigarros voladores» acaba de escabullírsenos entre las nubes y se dejó caer al mar.

La visibilidad, en efecto, era deficiente en toda la zona.

-Dunne -llamó Arch.

-Anotado, comandante.

-De acuerdo, Sabueso. Vamos allá... volando.

-Esto es tener suerte -dijo Dunne por la red interior, mientras Arch tomaba personalmente los mandos e inclinaba el aparato sobre un ala-. Estamos cerca de esa posición. Y a lo mejor llegamos a tiempo para localizar ese «puro».

La lluvia azotaba los cristales del parabrisas mientras Arch volaba a

toda velocidad que el *Seagull* era capaz de desarrollar. El tiempo era de chubascos con algunos claros. Soplaba viento fuerte que estaba empezando a levantar marejada.

-Veo a los nuestros en mi radar -anunció el sargento Prenty. Y después de un corto silencio-: Uno viene hacia aquí.

En efecto, poco después Arch veía aparecer a su lado un caza a reacción «Corvair» de despegue vertical y ala en forma de delta. El piloto le hizo señas de que le siguiera y Arch le siguió hasta el centro de la formación que estaba volando en círculo.

-El zorro está allí abajo, Gaviota -dijo por radio el comandante de la escuadrilla-. Vea si lo puede rastrear.

-Allá vamos.

Arch picó hacia el mar. A través de un claro de las nubes alcanzó a ver la costa, lo cual le sirvió para orientar y pilotar en círculo alrededor de la posición en la cual fue visto el «cigarro volador» por última vez.

-¿Atento, James?

-Lo estoy, comandante.

El *Seagull* completó un círculo e inició otro más amplio. Arch redujo la velocidad del avión. Ya casi estaba para completar la segunda vuelta cuando se escuchó la voz del sargento James:

-¡Aquí, comandante! La aguja oscila... vuelva atrás.

-Patrick, utilice la radio y llame a los otros hidros que se encuentren en la zona para que acudan aquí -dijo Arch mientras hacía virar al aparato.

Una extraña fiebre le dominaba ahora. Era sin duda la fiebre del cazador estimulada en él por un largo servicio en las unidades de lucha antisubmarina, mas a este instinto, emparentado con la necesidad que hizo cazador a los lejanos abuelos de la raza, se sumaba algo más concreto y profundo.

Aquella máquina que se escurría bajo el mar, iba tripulada por seres vivos inteligentes. Hombres, cangrejos o pulpos, aquellos seres procedían del maldito planeta que había arrastrado a un país y un pueblo al desastre.

Aquellos seres podrían no ser culpables del estropicio causado por su planeta, pero Arch Miles no llegaba tan lejos en el estudio de sus propias reacciones. El planeta intruso era el causante de la desgracia de Norteamérica y aquellos seres que estaban allí abajo procedían de él.

Detestaba al planeta errante, y detestaba también a sus habitantes aun sin conocerlos.

-Les lanzaremos unas cargas de profundidad primero, como aviso -dijo Arch entre sus dientes apretados-. Mullan, abra la compuerta.

El copiloto empujó una palanca, vio encenderse una luz en el tablero y anunció:

-Compuerta abierta, señor.

Arch completó la vuelta y volvió sobre el rumbo que había seguido antes.

-Vamos sobre él, señor. La aguja oscila de nuevo. Nos acercamos.

-Largue las cargas. Mullan apretó un botón.

Por la compuerta abierta en el casco del hidroavión empezaron a rodar y caer los bidones cilíndricos repletos de trilita. Las cargas levantaron un surtidor al caer al mar, formando un reguero de estos surtidores. Hubo una pausa, y las cargas empezaron a estallar una tras otra en el mismo orden que siguieron al caer.

La superficie del mar se rizó como la estremecida piel de un caballo, luego se abrió en enormes geiseres que proyectaban blancos surtidores a gran altura. El estruendo de las explosiones llegaba hasta el hidroavión que viraba de nuevo, casi rozando las olas con el extremo de su ala.

La voz del jefe de escuadrilla volvió a escucharse en los auriculares de Arch.

-Diga, comandante. ¿Cree que eso bastará para hacerles salir?

-Espero que esto les sirva de aviso sobre nuestras futuras intenciones -repuso Miles secamente-. Si se niegan a salir les largaremos los torpedos. Y si entonces no salen... es que no pueden hacerlo.

Arch dio otra vuelta para dar tiempo al submarino a emerger si deseaba hacerlo. En su segunda vuelta, el detector magnético dio a entender que la nave sumergida seguía alejándose hacia el Sur.

-Está bien, le soltaremos los perros y allá se las entienda con ellos -farfulló Arch.

Los «perros», en el argot de los cazadores de submarinos, eran los torpedos eléctricos que se autodirigían al blanco utilizando las indicaciones de un cerebro electrónico.

Después de dar otra vuelta, Arch hizo una seña a su copiloto.

Mullan apretó dos botones en el tablero de instrumentos. Dos pesados artefactos, de diez metros de longitud cada uno, se desprendieron de las alas del hidroavión y cayeron al mar.

-Buena suerte -dijo Mullan entre dientes.

Cuando un cazasubmarinos lanzaba sus torpedos electrónicos, todo lo que podían hacer los cazadores era esperar oír el estallido y ver levantarse el geiser de agua que anunciaría que el torpedo había alcanzado al blanco.

La superficie del mar se rizó primero y se levantó después en un enorme cráter a impulsos de la primera explosión. Casi inmediatamente explotó el segundo torpedo.

-¡Le alcanzamos! -exclamó la voz del teniente Dunne.

Todos los ojos eran ahora a escudriñar la superficie del mar en espera de ver aparecer el submarino o los restos de él. Por arriba del hidroavión, los «Convair» a reacción daban incesantes vueltas manteniéndose al

acecho.

Fue el teniente navegador quien primero dio la voz de alerta:

-¡Atención, ahí sale!

Arch estaba haciendo dar la vuelta al *Seagull* y pudo ver también por la ventanilla de babor al «cigarro volador» que acababa de aparecer rodeado de espuma. Su torrecilla era un montón de hierros retorcidos; buena dentellada del «perro» que le alcanzó.

Levantando los ojos, Arch vio descolgarse de las nubes un «Corvair» que se lanzó en picado sobre el «cigarro». Arch sabía perfectamente que el caza naval no atacaría a la aeronave en aquella primera picada, sino que esperaría a ver cuál era la reacción del rendido enemigo.

Y la reacción del «rendido enemigo» se produjo en aquel mismo instante, rápida y fulminante como un rayo.

Un dardo amarillo salió del sumergible en dirección al cielo y alcanzó de lleno al caza. El avión no demostró sufrir daño alguno... sólo que continuó bajando en barrena con el motor a toda potencia, rebasó la altura en la cual su piloto todavía podría haber enderezado el aparato... ¡y se estrelló sobre el mar!

-¡Zambomba! -exclamó una voz por el teléfono del *Seagull* .

Una enorme bola de fuego y de humo siguió al impacto del avión contra la superficie del mar.

El «cigarro volador» se levantó del mar, flotó en el aire como un globo dirigible y empezó a moverse haciendo girar velozmente sus hélices.

-¡Piernas, para qué os quiero! -exclamó el teniente Dunne-. ¡Larguémonos de aquí!

Arch, enormemente impresionado por lo que acababa de ver, reaccionó alargando la mano y empujando la palanca del acelerador. Los motores del hidroavión giraron a su máxima potencia y la pesada máquina empezó a elevarse con alguna lentitud debido a su considerable carga.

Otro caza a reacción apareció descolgándose de las nubes de lluvia y atacó como un rayo.

De las alas del avión salieron como flechas los cohetes dejando en el cielo un rastro de humo. El «cigarro volador» dio una ágil guiñada a un lado, los cohetes hicieron explosión al caer al mar, y de nuevo el dardo amarillo salió del casco verdoso de la aeronave para alcanzar al «Corvair».

Esta vez sin embargo, cosa extraña, el «Corvair» logró enderezarse y escapó ileso volando a ras de las olas.

-¡Diablo! -se oyó exclamar a Dunne-. ¿Han visto eso? El rayo tocó al caza, lo atravesó de parte a parte... y él avión salió sin un rasguño.

Un tercer caza apareció en escena, disparó sus cohetes y logró alcanzar al «cigarro volador». Los tripulantes del hidroavión pudieron ver perfectamente cómo saltaban las astillas de una de las hélices de la

aeronave, destrozada por la explosión del cohete.

De nuevo el rayo amarillo barrió el cielo buscando al aeroplano, pero el avisado piloto metió a fondo el timón a estribor, inclinó la máquina sobre un ala y escapó con un viraje cerrado, perseguido por el rayo que blandía como una furiosa espada flamígera.

Todavía, antes que el caza estuviera demasiado lejos, alcanzó a ver Arch cómo el rayo tocaba una de las alas del aparato. Pero nada ocurrió. El avión levantó la proa y se escabulló desapareciendo en las nubes.

El «cigarro volador» empezó a moverse con rapidez ganando altura hacia las nubes cargadas de lluvia. Desapareció.

-Tucker, comuníqueme con el jefe de escuadrilla.

-Sí, señor.

El sargento debía haber mantenido la comunicación todo aquel tiempo, pues casi enseguida se escucharon por el teléfono las voces de los excitados pilotos.

«¡Se escabulló entre las nubes!»

«No importa, le veo bien en mi radar. ¡No escapará!»

-Hola, Sabueso -llamó Arch.

-¿Diga, Gaviota?

-Ya salió el zorro de su madriguera. ¿Qué harán ahora con él?

-¡Déjese de bromas! Ese chisme tiene un rayo mortal con el que derribó a uno de mis muchachos. Salió disparado hacia las nubes como un globo al que cortan la cuerda y desapareció. ¡Ah, no va a escapar! Él no nos ve ahora a nosotros, pero nosotros sí le vemos a él en nuestro radar.

-Una máquina que dispara rayos mortíferos también debe tener su propio radar, ¿no cree?

El jefe de escuadrilla, demasiado atareado en aquellos instantes, no se molestó en contestar. En el hidroavión siguieron escuchándose las voces de los pilotos cambiando impresiones.

«Sprag, Diamond... atájenle por arriba. Ese artefacto vino del planeta volando. Si le dejamos que se eleve se remontará hasta la Luna y... ¡oh, Dios!»

Arch elevó su propio avión por encima de las nubes, entregó el mando a Mullan y ordenó:

-Siga a los cazas. No quiero perderme el final de esta cacería.

Arch entró en la contigua cabina de radar, donde encontró al sargento Prenty mascando chicle a toda velocidad inclinado sobre la pantalla de radar.

Prenty le señaló en silencio un punto de luz fluorescente que brillaba en el negro cristal de la pantalla.

-¿El «cigarro volador»?

-Sí. Mire, los cazas le persiguen ahora... le están cortando el paso por

arriba... -Prenty escuchó por el auricular que oprimía uno de sus oídos-. Escuche esto, los «Corvair» están atacando... ¡le alcanzaron otra vez!

Arch arrancó el auricular de la cabeza del sargento y lo aplicó a su propio oído. Un piloto comunicaba:

«De nuevo ha lanzado ese maldito rayo amarillo. El avión de Diamond pica hada tierra... no se endereza. ¡Diamond! No sé que le ocurre a ese muchacho, su motor sigue funcionando...».

«Deje a Diamond y ocúpese del «cigarro». ¿Dónde está ahora?»

«Ha dejado de subir. Ahora está perdiendo altura. Mis cohetes le alcanzaron bien... tampoco vuelve a hacer funcionar ese rayo, tal vez mis cohetes le hayan apagado el reflector».

«Le veo en mi pantalla, está volando en dirección a tierra. Muchachos, síganme. Vamos a acabar con él».

Tucker cortó la comunicación para preguntar si debía seguir sosteniendo la comunicación.

-Corte, pero no pierda el contacto con los cazas. ¿Mullan?

-Sí, comandante.

-Siga a los cazas. Están volando tierra adentro en persecución de la aeronave.

-Sí, señor.

Arch abandonó la cabina de radar pasando al compartimiento de radio. Tucker escuchaba mientras garabateaba rápidamente sobre un block.

-Es un radio del comandante Copper -dijo Tucker levantando la cabeza-. Dice que no puede acudir, que están rastreando un sumergible.

-Vaya, parece que abundan como las sardinas esas latas sumergibles y voladoras. Dígale a Copper que ya no es necesaria su presencia. Pero escriba antes, le voy a dictar un radio para el almirante Brockway.

Después de dictar su parte, Arch abandonó la cabina de radio regresando a la cabina de mando.

-Eche una mirada. Miles -dijo Mullan señalando con la cabeza.

Arch miró al espacio a través de los cristales. Vio allá delante el «cigarro volador» custodiado por los cazas que le flanqueaban a derecha e izquierda, conduciéndole como perros pastores a un indefenso corderillo.

-¿De modo que pudieron con él? -exclamó sin dar crédito a lo que estaba viendo.

-Su capacidad de vuelo debe haber quedado muy mermada por alguna avería. Está perdiendo altura con mucha rapidez.

El altímetro señalaba mil ochocientos metros. Arch miró abafo y vio una azul extensión de agua rodeada de montañas. El «cigarro volador» iba a pasar sobre el lago.

De pronto, Arch reconoció el lago.

-¿Es el Tahoe?

-Sí.

El pensamiento de Arch voló hacia Crystal Bay y la señorita Ettien. Una voz del capitán Mullan le arrancó de esta momentánea distracción:

-¡Cuidado, que escapa!

Miró hacia el «cigarro volador». La extraña máquina estaba bajando hacia el suelo como una piedra, aunque sin dejar de mover las hélices ni perder su impecable horizontalidad. Arch, como Mullan, comprendió que no se trataba de una caída, sino de una treta de los pilotos para eludir a los cazas que lo escoltaban.

El primer pensamiento de Arch fue que los tripulantes del fantástico huso habían conseguido reparar su avería devolviendo a la máquina toda su agilidad y capacidad para el vuelo a cualquier altura. Luego vio que no era así.

El «cigarro volador» iba derecho hacia el lago. ¿Por qué hacía esto?

Desconcertados, los cazas habían roto su formación y daban vueltas buscando al fugitivo. Antes que la escolta pudiera adivinar las intenciones del huso, éste había llegado al lago y se dejaba caer sobre el agua.

El choque del aparato contra el agua debió ser violentísimo. Un gran surtidor se levantó a gran altura, y al cerrarse las aguas engulleron al «cigarro volador» que desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

## Capítulo VII

El ran la una y treinta minutos de la tarde, el sol estaba cayendo sobre las montañas y había que tomar una decisión. Arch Miles la tomó por su cuenta y riesgo optando por acuatizar en Tahoe Lake antes que oscureciera por completo. La carretera que corría junto al lago estaba repleta de público cuando Arch posó su máquina sobre el agua y la dejó deslizar hasta casi tocar el pequeño embarcadero de Crystal Bay.

Apenas habían dejado de girar las hélices, cuando Patrick Tucker anunció la comunicación directa por radio con la Estación de Milwaukee. Arch había solicitado esta clase de comunicación con el vicealmirante Hassell, preferible a un tedioso cambio de mensajes por telegrafía sin hilos.

-Hola, Miles. Aquí Hassell al habla -era la voz del vicealmirante la que salía por el tornavoz de la radio-. ¿Qué ocurre, comandante?

-Me encuentro amarado en Tahoe Lake, señor.

-¿Dónde se encuentra el «cigarro volador»? ¿Es que acaso consiguió escapar?

-En cierto modo, señor. Los cazas tocaron en repetidas ocasiones, después que éste emergió con algunos desperfectos en su estructura. La capacidad combativa de la aeronave pareció quedar muy mermada después del combate con los aviones. Dejó de luchar y dio señales de estar dispuesto a dejarse conducir hasta tierra. Pero al llegar sobre Tahoe Lake, inesperadamente, burló a la escolta de cazas y se zambulló en el lago.

-¿Cree que la tripulación de esa aeronave prefirió el suicidio al cautiverio?

-Señor, si la tripulación hubiera querido suicidarse, mejor se habría arrojado contra las rocas.

-Sí, claro... aunque acaso al arrojarse al lago buscaban la manera de hacer desaparecer los restos de su aparato -la voz de Hassell mostraba vacilación.

-El choque del aparato contra el agua fue violentísimo. La nave probablemente no volverá a emerger a la superficie, pero los tripulantes, de hallarse con vida, pueden intentar escapar. Personalmente, creo que ésa fue la intención que les guió al arrojarse al lago. Hacer desaparecer la máquina y, a ser posible, salvarse abandonando el aparato durante la noche. Eso fue lo que me decidió a acuatizar en el lago. Hay tropas en Crystal Bay. Creo que deberíamos rodear el lago para que ninguno pueda escapar durante la noche, y si no ha salido, nadie mañana, lanzar algunas cargas de profundidad.

-Sí, sí, apruebo su iniciativa... Consiga la cooperación del Ejército y no deje escapar a nadie. Trataré de llegar a Tahoe Lake lo más rápidamente posible para dirigir personalmente la operación de rescate de los tripulantes. Corto.

Al abandonar el micrófono sobre la mesa, la impresión de Arch era que el vicealmirante se había mostrado algo incoherente. No era de extrañar. La situación era tan extraña como jamás pudiera esperar un almirante acostumbrado a la rutina de las ordenanzas por él conocidas. La captura de naves extraterrestres no entraba ni había entrado nunca en las materias que se estudiaban los marinos de Annapolis.

Incluso para Arch, que había vivido toda la aventura de la captura, era fantástica aquella situación.

Arch abandonó la cabina de la radio, entró en la cabina de mando y abrió un armario, del cual sacó un cinturón del que colgaba una pistola de reglamento. Mullan le veía hacer en silencio.

-Mullan, quédese a bordo para prevenir cualquier contingencia.

El copiloto asintió. Arch tomó su chaqueta azul de grueso paño y salió de la cabina.

Un bote tripulado por dos de sus hombres le llevó hasta el pequeño embarcadero de madera. Había oscurecido por completo. Las luces del campamento brillaban entre los árboles en la falda de las montañas por todo el alrededor del lago. También había luz en el Hotel Crystal.

En el embarcadero, un sargento del Ejército que llevaba su fusil automático colgando del hombro se acercó a Arch.

-¿Qué ocurre, oficial? He oído decir algo sobre un avión que se cayó al lago.

-¿Está usted destacado aquí?

-Sí, señor.

-¿Cuántos soldados hay en este destacamento?

-Una compañía.

-Busque a su capitán y hágale venir con toda urgencia al Hotel Crystal.

-Si va usted al Hotel, no tendrá que buscar mucho. Él está allí.

-Venga usted conmigo, su capitán querrá darle algunas órdenes enseguida.

Había luz eléctrica en el hotel. Los escombros habían sido retirados, a un lado de la puerta. El vestíbulo aparecía limpio, viéndose al fondo la escalera derruida. El sargento acompañó a Arch hasta la cocina del Hotel, donde encontró a la señorita Ettien conversando con un capitán del Ejército.

Luisa Ettien pareció sorprenderse.

-¿Usted? No esperaba que fuera su avión el que acaba de posarse en el lago. ¡Oh, discúlpenme! El comandante Miles... el capitán Budford.

Arch estrechó vigorosamente la mano del fornido oficial.

-¿Hay línea en su teléfono hasta Reno y Carson City, miss Ettien?

-La había, hasta Reno hace una hora. Ignoro si habrán reparado la avería hasta Carson City.

-Voy a pedir que envíen cuantas fuerzas haya disponibles en esas ciudades. Y a usted, Budford, voy a pedirle que distribuya sus soldados en patrullas para que vigilen las orillas del lago mientras llegan los refuerzos.

-¿Tiene todo esto algo que ver con el avión que cayó al lago, comandante? -interrogó el capitán.

-Sí, tiene mucho que ver. Porque lo que cayó al lago no era un avión, al menos como nosotros solemos considerar a los aeroplanos. Era una máquina voladora y sumergible... una de esas aeronaves que vinieron del planeta errante durante la inundación.

Tanto el oficial como la señorita Ettien quedaron mirando al marino boquiabiertos.

-¿De qué está hablando usted, Miles? -preguntó Luisa.

Aren comprendió. Al parecer, y hasta comprobar la identidad de los misteriosos aparatos, la Marina había guardado el secreto de la existencia de los «cigarros volantes». Al menos en Crystal Bay no se sabía nada de ellos.

-¿Puedo utilizar su teléfono?

-Venga, le acompañaré al despacho -dijo Luisa precediéndole hacia el vestíbulo.

-Lo de las naves extraterrestres... ¿va en serio? -Completamente en serio, señor Budford. Ahí, en el centro del lago, tenemos una de ellas. Es posible que quede alguien con vida dentro e intente escapar. Reúna a sus soldados y envíelos a patrullar las orillas del lago.

-¡Demonio! ¿Y cómo sabrán mis soldados si están ante un hombre de otro mundo o un par de novios amartelados[2]?

-Si ven un pulpo, un gnomo u otro personaje raro, ése es un hombre extra terrestre casi con toda seguridad -repuso Aren acida mente.

Luisa Ettien esperaba a Arch en el vestíbulo y le introdujo en su despacho. Le señaló el teléfono y permaneció escuchando mientras él hablaba a los comandantes de los destacamentos de Reno y Carson City.

Arch depositó el teléfono sobre su horquilla y miró a Luisa.

-Bien, ahora sólo podemos hacer que esperar -dijo. Miró a su alrededor. El despacho estaba elegante y sobriamente amueblado, con la misma sobria distinción de la mujer que lo ocupaba-. ¿Tiene a sus huéspedes en el Hotel?

-Hemos arreglado unos barracones en el jardín. Los huéspedes se negaron a volver por temor a un nuevo terremoto.

-¿Le importa que yo establezca mi cuartel general en su despacho?

-Si le gusta puede quedarse con él -repuso ella sonriendo.

-Sí, me gusta mucho -Arch se interrumpió mirándola, y vio que las mejillas de la joven se coloreaban.

Luisa apartó sus ojos, murmurando:

-¿Quiere beber alguna cosa? O tal vez prefiera comer. Aren recordó entonces que no había comido nada desde que aquella mañana tomó una taza de café.

El Hotel había quedado tranquilo y en él reinaba un extraño silencio. En un rincón del despacho, la gramola eléctrica giraba todavía después de haber terminado el último disco.

Arch tomó un sorbo de café, se retrepó en la silla y suspiró.

-Como en los buenos tiempos -murmuró.

Luisa Ettien, mirándole a través de sus párpados entrecerrados, preguntó:

-¿Cuáles fueron los buenos tiempos para usted?

El contestó:

-Los que hemos perdido.

-¿Cree usted por sistema que cualquier tiempo pasado es mejor que el presente?

-Cualquier tiempo pasado es mejor que el futuro... al menos en este país.

-Está usted pensando en los cambios que van a operarse en Norteamérica a causa de ese cambio de clima, ¿no es cierto?

-Sí. Pienso en eso, y pienso en usted, y me pregunto qué será de todos nosotros. Su negocio aquí ha terminado. ¿Ha pensado en ello?

-¿Quiere saber si me preocupa? No, no me preocupa demasiado. Mi negocio ha quedado arruinado, y yo con él. Mi suerte será la de todos los que habitamos este infortunado país. ¿Y quién sabe? Tal vez de la desgracia que se abate sobre nosotros saquemos la energía y el ingenio necesarios para sobrevivir en un mundo de tinieblas cubierto de hielo. La adaptación será dolorosa. Los norteamericanos hemos sido un pueblo mimado por la Providencia. Tal vez hayamos merecido este castigo, no lo sé. Sólo pienso que si los árabes en su ardiente desierto, y los esquimales en su fría Groenlandia supieron adaptarse al medio y vivir, los americanos no moriremos porque dejemos de ser ricos en el país más rico de la Tierra.

Él quédesela mirando con asombro y admiración.

-¿Cree que el pueblo americano podrá soportarlo? ¿Nos resignaremos a vivir con los escasos medios de los esquimales, nosotros que poseímos la tierra más fértil del mundo?

-¿Y qué remedio nos queda? Tal vez no nos resignemos nunca a ser pobres, pero lo seremos mientras vivamos, y viviremos porque el instinto de conservación nos mantendrá aferrados a la vida incluso cuando la razón nos diga que es preferible morir.

Arch guardó silencio. Ella se levantó, fue hasta la gramola y detuvo el aparato giradiscos. Le sonrió desde el rincón y dijo:

-Tendremos que aprender a ahorrar... incluso energía eléctrica cuando una gramola gira sin sonar.

El se puso en pie y se mantuvo así bajo el haz de la lámpara que los alumbraba desde el rincón.

-¿Se marcha usted?

-Sí.

Pero siguió inmóvil donde estaba. Luisa Ettien se le acercó, le miró gravemente a los ojos y dijo:

-¿Vendrá a despedirse antes de marcharse de nuevo?

-Ignoro si tendré ocasión. Despidámonos ahora, ¿quiere?

Luisa le alargó ambas manos. Él se las cogió y las retuvo entre las suyas. De nuevo sus ojos se encontraron.

-¿Quiere saber lo que pienso, Luisa?

-Sí.

-Pues pienso que tal vez algún día tenga que agradecer a todo lo ocurrido el haberla conocido a usted.

-¡Arch!

Él la atrajo hacia sí y la besó sin que ella ofreciera resistencia. Al separarse sus labios se encontraron sus ojos.

-No es una despedida definitiva -dijo Arch. Y salió.

Una racha de viento frío le azotó el acalorado rostro al trasponer la puerta de la calle. Caían pequeños copos de nieve. Arch se lanzó a la carretera abrochándose el chaquetón. En esto brillaron unos focos de automóvil. Un camión militar repleto de soldados rodó bajo la nevada y fue a detenerse delante de Arch.

Detrás aparecieron otros focos y otros camiones llenos de soldados tiritantes y encapotados. Un oficial saltó a la carretera, vio los dorados galones de Arch y se cuadró.

-Soy el comandante Miles -dijo Arch-. Hay en el fondo del lago una aeronave desconocida con seres desconocidos, probablemente vivos, en ella. Queremos apresar a esos individuos.

-¿Son personas como nosotros, señor?

-Esa es una de las cosas que pretendemos averiguar, si son seres como nosotros. Una cosa es cierta, y es que se trata de seres inteligentes. Sus hombres deberán estar preparados para recibir cualquier sorpresa, incluso un ataque con armas de poder desconocido. De cualquier forma, la consigna será capturarles vivos o muertos. Preferiblemente vivos.

-Entendido, señor.

Mientras cruzaba la carretera alzándose el cuello de la chaqueta, Arch agradecía a la Providencia la tradición marinera de su familia que le

impulsó a alistarse en la Armada, y luego en la Aviación Naval. Los copos eran mayores y más densos por momentos. No envidiaba a los soldados la noche que les esperaba junto al lago.

A bordo del *Seagull* todo estaba tranquilo. Parte de la tripulación

dormía en sus literas, y esto fue lo que hizo Arch.

Le despertó el rugido de los motores de un helicóptero que se posaba allí cerca en la carretera. Miró su reloj y vio que eran las cuatro de la madrugada. Sólo un almirante, o en su caso un alto jefe del Ejército emplearía un helicóptero para llegar hasta allí.

Arch saltó de la litera. Se había acostado vestido y sólo tuvo que recoger su pistola, su gorra, su chaqueta y salir hacia la puerta.

Asomó por la puerta en el mismo momento que uno de sus hombres llegaba en un bote y decía:

-El vicealmirante Hassell, señor. Acaba de llegar.

El frío era muy intenso fuera del casco del hidroavión. Esto y un derroche de luz en todo alrededor del lago fue lo primero que notó. Había nieve sobre el embarcadero y la carretera. Desde la carretera, un gigantesco reflector de la Defensa Antiaérea registraba con su brillante foco de luz la superficie del lago.

Había otros muchos reflectores montados sobre ruedas en todo el perímetro del lago, en la carretera.

El vicealmirante Hessell, enfundado en su grueso abrigo azul, contestó apenas al saludo de Arch Miles. Éste vio ante el Hotel un carro de combate cuyo largo cañón apuntaba al lago. Desde la torrecilla del monstruo, el comandante de la máquina registraba la noche con sus prismáticos nocturnos.

-Están en camino hombres rana y buzos del Servicio de Rescate de Buques de la Armada -dijo el vicealmirante-. Pero me gustaría despejar la incógnita de si hay seres vivientes o no en ese sumergible antes de comenzar los trabajos de inmersión.

Arch descubrió entonces a un hombrecillo que se arrebujaba en un abrigo y casi desaparecía tras una bufanda, el cual estaba cerca del vicealmirante y sugirió:

-Si hiciésemos estallar unos cartuchos de dinamita...

-Por supuesto, profesor Weber. Haremos estallar dinamita, pero no en cartuchos sino en barriles.

En el cielo se escuchó el poderoso aullido de un motor de reacción. Hassell consultó la hora en su reloj.

-Ese hidroavión debe estar para llegar. ¿La máquina cayó en el centro del lago, comandante Miles?

-Sí, señor. Justamente en el centro, acaso un poco más hacia Glebrook y aproximadamente en la línea divisoria entre los estados de Nevada y

California.

Arriba se escuchó un zumbido sordo característico de los grandes superaviones atómicos. Una gigantesca sombra alada se cernió sobre la cabeza de los hombres concentrados en la carretera, y al levantar los ojos Arch vio las luces de situación rojas y verdes del hidroavión.

Muy cerca del helicóptero que había traído al vicealmirante y sus ayudantes se veía una emisora de radio móvil del Ejército con su larga antena metálica.

Estaba nevando otra vez cuando el vicealmirante se dirigió al camión y preguntó al oficial si podía utilizar la radio para comunicar con el avión. Arch; en todo caso, podría haberlo hecho desde su aeroplano.

El hombrecillo del abrigo y la bufanda empezó a pasear nerviosamente arriba y abajo de la carretera sin dejar de echar rápidas miradas hacia el lago.

-¿Quién es? -preguntó Arch al comandante que había venido con Hassell.

-¿Se refiere al Profesor? Es mister, Silvermys, una notoriedad en biología del espacio.

-¿Biología del espacio, eh? -dijo Arch entre dientes-. Una bonita especialidad. Ni siquiera había oído hablar de ella.

-Silvermys representa a la Ciencia pura en toda esta zarabanda que se ha armado con motivo de la captura de ese dichoso «cigarro volador».

-Estos sabios están como una cabra.

-Gracias por el cumplido en la parte que me toca.

Arch se volvió hacia un alto caballero de pelo canoso y sombrero de fieltro duro que estaba un poco más allá envuelto en un elegante abrigo gris plomo.

-Soy el profesor Meriwether, especialista en Bioquímica y Embriología de la Universidad de Yale -dijo el caballero tendiendo su mano al abochornado marino.

-Discúlpeme, no sé cómo...

-No tiene importancia, comandante. Nadie que no estuviera un poco chiflado podría ser sabio -dijo mister Meriwether echándose a reír de la confusión de Arch.

Hassell regresó después de haber hablado por la radio con el comandante del hidroavión.

-El avión lanzará cargas de profundidad en el centro del lago, sólo las suficientes para animar a salir a nuestros desconocidos amigos en el caso que puedan hacerlo -Hassell llamó al piloto del helicóptero y dijo-: Nos llevará en su helicóptero hasta el centro del lago apenas haya estallado la última carga.

El piloto entró en el helicóptero y puso sus dos rotores en marcha. Un

reflector apuntó al cielo capturando en su haz al gigantesco «Serok» que estaba volando sobre el lago.

Debía ser una señal convenida.

Siempre bajo la luz voltaica del proyector, el «Serok» pasó sobre el lago y dejó caer media docena de cargas. Desde Crystal Bay no se alcanzó a ver el efecto de las explosiones que se producían a ocho millas de distancia. Si hubo algún ruido, el estruendo del helicóptero lo ahogó.

Hassell, su ayudante y los dos sabios estaban trepando a la carlinga del aparato. Nadie invitó a Miles, pero éste había llegado demasiado lejos en su curiosidad para quedarse en tierra. El helicóptero era capaz para media docena de personas bien holgadas. Arch se coló en la cabina. Hassell no dijo ni una palabra.

El helicóptero arrancó con un tirón y voló hacia el lago. Los proyectores barrían la quieta superficie del lago semejando largos e inquietos brazos. De vez en cuando, uno de esos haces deslumbraba a los ocupantes del helicóptero.

No invirtieron sino unos pocos minutos en salvar aquellas ocho millas de distancia. En el centro del lago el agua aparecía turbulenta, como si las cargas hubiesen removido el barro del fondo. Otro helicóptero había llegado poco antes y evolucionaba casi a ras del agua.

-Parece que han encontrado algo -dijo el profesor Weber excitado.

Así parecía, en efecto. El helicóptero, completamente inmóvil en el aire, señalaba algo oscuro que flotaba en el agua. Desde las orillas del lago, varias lanchas a motor competían en velocidad para ver de llegar antes.

Las lanchas procedentes de Glenbrook fueron las primeras en arribar por ser éste el embarcadero más cercano. Un par de canoas se acercaron al helicóptero y Arch vio cómo los hombres se inclinaban sobre la borda y sacaban algo del agua.

El vicealmirante tomó el teléfono y ordenó al piloto:

-Vuele haría Glenbrook.

## Capítulo VIII

El grupo que había bajado del helicóptero del vicealmirante esperaba impaciente en el pequeño embarcadero de Glenbrook cuando la canoa llegó y dio contramarcha para abordar al embarcadero.

Arch, más joven y ágil que cualquier otro del grupo, saltó a la lancha.

-¿Dónde está? -preguntó.

Un soldado que empuñaba una linterna levantó la punta de una manta. Arch se inclinó, dio un respingo y se irguió echando violentamente la cabeza atrás.

-¿Es impresionante, verdad? Y parece un hombre -dijo un sargento que mascaba incesantemente una pastilla de chicle.

Arch, con el pelo erizado, se retiró hacia el fondo de la lancha mientras Hassell y los dos sabios que le acompañaban iban a inclinarse sobre «aquello».

El sargento había dicho que parecía un hombre. Era un hombre, sin duda, sólo que muy distinto a como Arch pudiera imaginarlo. Su tronco y extremidades eran humanos, pero estaban rematados por manos y pies palmeados; o sea, de dedos muy separados unidos por una membrana. Todo su cuerpo, incluso sus piernas y sus brazos, estaban cubiertos de gruesas escamas de un color verde oscuro tornasolado. El cuello era corto y rugoso como el de una tortuga y la cabeza...

La cabeza que Arch había visto era repugnante, horrible. Una desagradable boca de besugo, abierta y mostrando una doble hilera de dientes en forma de sierra; unos ojos redondos y amarillos, también abiertos, y algo sin forma provisto de dos agujeros que parecía querer ser una nariz. Pero lo más desagradable de todo era las rojas agallas que el monstruo tenía a cada lado de la cara, en lugar del mentón.

Arch había visto temblar aquellas agallas y moverse apenas la abierta boca del monstruo cuando se inclinó sobre él.

En lo alto del cráneo, por último, el extraordinario ser tenía una especie de cresta ósea que parecía prolongarse por su nuca y espalda en forma de dorso espinoso.

-¡Gran Dios! ¿Qué es esto? -se oyó exclamar a Hassell.

Y como había hecho Miles, también Hassell se echó hacia atrás haciendo una mueca de instintiva repugnancia.

Los hombres quedaron callados. Weber y Meriwether, ambos con científico interés, examinaban al monstruo bajo la luz cruda de las linternas.

-Tiene sangre en la boca y las agallas -observó Weber-. La explosión de

esas cargas de trilita debió reventarle.

-Curioso ejemplar, ¿no es cierto, profesor? -dijo Meriwether pensativamente-. Aquí tenemos trabajo para estudiar durante meses. ¿Qué cree usted que es? ¿Un mamífero? ¿Un reptil?

-Sin duda es un reptil. Anfibio, por supuesto, con doble respiración por branquias y pulmones. Su elemento natural debe ser el mar, si juzgamos por sus extremidades palmeadas. Creo que deberíamos sacarle de aquí. Y, a ser posible, llevarlo a algún lugar donde podamos examinarle concienzudamente.

Reponiéndose de su sorpresa y horror, Hassell ordenó a los soldados:

-Saquen al monstruo al embarcadero, por favor. Y busquen un camión para llevarlo a Crystal Bay. Miles, cargaremos el monstruo en su hidroavión y regresaremos a los Lagos.

-Bien, señor.

Los soldados envolvieron al extraordinario ser en la manta y lo sacaron entre varios de la lancha. Un camión vino reculando sobre el embarcadero.

Mientras metían al monstruo en el camión, el profesor Weber vino hacia Hassell y dijo:

-El profesor Meriwether y yo regresaremos en el camión con el reptil.

-¿Por qué lo llama así? -preguntó Hassell, todavía bajo los efectos de la terrible impresión-. Tiene brazos y piernas como los seres humanos.

-Lo cual no impide que sea un reptil -repuso Weber-. Y, a propósito. Debieran ustedes extremar la vigilancia. Es posible haya más criaturas como ésta andando por ahí. Su elemento es el agua. Pueden permanecer días y años bajo el agua sin escafandra, respirando por sus branquias, y seguramente se mueven con la agilidad y la velocidad de auténticos peces.

-¿Quiere decir que algunos pueden haber escapado?

-Si estaban fuera del agua antes de explotar las cargas, sí. Y también podrían haber escapado a los efectos de la onda de choque si ya se encontraban lo suficiente lejos del lugar de la explosión.

La nevada arreciaba. Weber se enrolló la bufanda y se alejó hacia el camión.

Hassell, su ayudante y Miles permanecieron inmóviles sobre el embarcadero hasta que se perdieron a lo lejos las luces traseras del camión.

-¡Hombres lagarto, anfibios y medio peces! -exclamó Hassell. Y añadió meneando la cabeza-: Magnífico para una película de terror. Volvamos al helicóptero.

El estruendo de los motores del helicóptero mantuvo en silencio a los tres marinos mientras volaban de regreso hacia Crystal Bay. Al aterrizar en la carretera ante el Hotel, y callar los motores saltaron sobre la nieve, y Hassell dijo volviéndose hacia su ayudante:

-Esto es terrible, amigos míos. Puede significar que estamos siendo

invadidos por esa raza de reptiles anfibios en un elemento donde nos resultará muy difícil combatirlos; es decir, en el mar. Ahora podemos comprender por qué sus aeronaves vuelan y al mismo tiempo son aptas para la navegación submarina. Su elemento es el mar. Éso acaso explique cómo llegaron a sobrevivir en su planeta cubierto de hielo. Debajo del hielo, a cualquier profundidad submarina, esa raza de reptiles nadadores ha podido seguir viviendo durante siglos, utilizando sus conocimientos científicos para alumbrarse y alimentarse, tal vez habitando en fantásticos castillos de coral. Y ahora han abandonado su morada para mudarse a los mares de nuestro planeta. Si consiguen acomodarse en el fondo de nuestros océanos, ¿quién logrará echarlos de allí?

Los dos comandantes guardaron silencio reflexionando sobre las amargas palabras de Hassell.

De pronto se escuchó el crepitar de una ametralladora.

Alguien gritó. Tableteó de nuevo la ametralladora, se escucharon muchas voces excitadas y disparos rápidos, sueltos, típicos de los fusiles automáticos.

La algarabía procedía de algún lugar entre los árboles que bordeaban el lago, a la derecha del embarcadero. Hassell pegó un respingo y Arch llevó instintivamente la mano a la pistola.

-¡Huyó por allí! -se oyó gritar-. ¡Por la carretera!

Arch se volvió. Una alta figura salió a la carretera desde el lago y cruzó el camino moviéndose con torpeza. En este momento un camión encendió sus faros, alumbrando de lleno a la figura que se encontraba en medio de la carretera.

¡Era un monstruo marino!

El extraño ser se cubrió los ojos con un brazo. En una mano empuñaba un arma desconocida o algo que debía serlo. Seguían escuchándose disparos en el bosque de la orilla del lago, lo cual parecía indicar que había otros monstruos moviéndose por allí.

De pronto, el monstruo dio un salto y cruzó la carretera desapareciendo entre el seto que rodeaba el jardín del Hotel Crystal.

Desenfundando la pistola y quitándole el seguro, Arch echó a correr por la carretera hacia la puerta de hierro del parque, la cual, cómo siempre, estaba abierta.

Se encontraba a mitad de su carrera cuando inesperadamente vio surgir otro monstruo por el borde del camino que caía en declive hacia la orilla del lago. El ser extraterrestre se detuvo un instante, dudando al parecer antes de cruzar la carretera bajo la brillante luz de los faros.

Se decidió, saltó hacia adelante y echó a correr con torpes movimientos de ganso.

Arch levantó el brazo y disparó. No acertó al monstruo, el cual seguía

corriendo cuando tableteó una ametralladora.

Un soldado acababa de aparecer por el declive de donde salió el monstruo y era él quien había disparado. El monstruo cayó de rodillas. Se volvió. En las manos tenía aquel objeto que Arch ya había visto en las del monstruo que cruzó la carretera primero.

Una llama salió del arma extraterrestre. Se escuchó un apagado «¡pop!»

El soldado soltó su metralleta y cayó.

-¡Maldito bicho asqueroso! -rugió Arch entre dientes.

Disparó de nuevo. El monstruo, que empezaba a levantarse, cayó de bruces en mitad de la carretera.

Arch corrió hacia el soldado, pero entonces se acordó del otro monstruo y se detuvo. En el suelo, a sus pies, estaba la metralleta que dejó caer el soldado. Arch se inclinó, recogió el arma y cruzó la carretera hacia el parque del Hotel Crystal.

Los huéspedes de Luisa Ettien estaban por el momento en el parque, en tiendas de campaña y toldos bajo los árboles, en barracones de madera en las avenidas, en las casetas de baño junto a la piscina y en cualquier lugar. Una mujer lanzó un chillido escalofriante cuando Arch doblaba el ángulo del edificio.

Arch dobló la esquina y se vio ante una extensión de césped que separaba la terraza asfaltada de la piscina de la parte trasera del edificio del hotel, donde estaba la escalera de incendios.

Había luz en los focos sobre la piscina. Los disparos debían haber alarmado a los acampados y Arch vio un grupo de ellos rodeando a una mujer a la que habían sentado en una silla del jardín. Hombres arrebujados en abrigos y algunas mujeres envueltas en mantas de cama asomaban por las aberturas de las tiendas de campaña.

Arch llegó corriendo a la terraza.

-¿Han visto?...

No le dejaron terminar la pregunta. Un hombre exclamó excitado:

-¡Yo le vi! Era un tipo corpulento. Iba corriendo hacia aquel seto cuando se tropezó con la señora Gibbs. La señora Gibbs lanzó un grito, el tipo aquel pegó un salto y huyó a través del césped metiéndose en el Hotel por la puerta de atrás.

-¡En el Hotel! -exclamó Arch aterrado.

Dio media vuelta brusca y echó a correr a través de la terraza y el césped hasta la puerta del Hotel. Era una puerta que los huéspedes utilizaban para salir a la piscina y comunicaba por un amplio corredor con el vestíbulo. En este mismo corredor estaban las puertas del despacho y las habitaciones particulares de Luisa Ettien, en la planta baja.

Aunque el corredor estaba libre ante él, debió ser producto de un presentimiento que Arch se detuviera bruscamente ante la puerta de las

habitaciones de Luisa.

Un delgado rayo de luz salía por debajo de la puerta.

Arch cogió el pomo, lo hizo girar y abrió de un empujón.

Lo que vio le heló la sangre en las venas. Luisa Ettien, vestida con un vaporoso camisón, se hallaba arrinconada contra la pared, los ojos espantados muy abiertos, una mano en la garganta, mirando aterrada al monstruo que estaba de pie ante ella.

-¡Luisa!

El grito de Arch hizo volver en redondo al monstruo.

Miles le tenía bajo el cañón de su metralleta, el índice curvado sobre el gatillo, pero no se atrevió a disparar. Luisa estaba detrás del monstruo, contra la pared, con grave riesgo de ser alcanzada por las balas si Arch disparaba.

Por el momento, los tres personajes de aquella fantástica escena quedaron inmóviles. El hombre de la Tierra y el monstruo extraterrestre se contemplaron.

El monstruo jadeaba, su horrible boca abierta, sus grandes y redondos ojos clavados en Arch. En las manos tenía también su fusil, y este fusil apuntaba a Arch. Pero el monstruo no disparó. Sus ojos, en cuya expresión brillaba una luz inteligente, observaban al terrestre con la misma curiosidad que Arch le estudiaba a él.

-Luisa, apártese despacio a un lado -dijo Arch entre sus dientes apretados.

Afuera en el corredor se escucharon carreras y voces.

El monstruo ladeó la cabeza, como escuchando. De sus ojos de pescado se borró aquella expresión humana que por un momento había sorprendido a Arch. En su lugar brilló la ferocidad y el odio...

Luisa empezaba a moverse despacio junto a la pared, pero Arch adivinó en la expresión del monstruo que éste dispararía antes que Luisa acabara de apartarse de la trayectoria de las balas.

Arch saltó de pronto a un costado y se tiró rodando por la alfombra.

Una lengua de fuego brotó del arma del reptil. Algo pasó silbando sobre la cabeza de Arch y se clavó en el piso tras él. El fusil extraterrestre dejó oír aquel apagado «¡pop!» que Arch ya había escuchado en la carretera.

Dando una vuelta completa sobre sí mismo, Arch estiró los brazos y disparó.

La ráfaga de la ametralladora terrestre dibujó un arabesco a balazos en la pared detrás del monstruo. Éste se tambaleó sobre sus robustas piernas de escamas. Se le vio haciendo un esfuerzo para sostenerse en pie y disparar contra Arch.

Arch se incorporó sobre una rodilla. Disparó de nuevo hasta que el arma se detuvo por sí sola al acabar la munición.

Luisa Ettien dejó oír un grito de horror.

El monstruo cayó pesadamente al suelo produciendo un sordo ruido al golpear contra la alfombra.

Arch saltó en pie y corrió hacia la muchacha, la cual se arrojó sollozando en sus brazos y escondió su cabeza en el hombro de él.

-¡Arch! ¡Arch! ¡Dios mío, qué horror...!

La puerta, que estaba solamente entreabierta, se abrió de par en par. El capitán Budford se precipitó en la habitación y se detuvo en seco mirando a la pareja abrazada. Luego miró al monstruo que yacía en la alfombra.

Una mujer de color que se envolvía en un viejo abrigo de hombre entró gritando en la habitación. Corrió hacia Luisa exclamando:

-¡Mi amita... qué horrible cosa está pasando aquí!

Luisa fue a echarse en brazos de la negra y Arch miró al capitán Budford.

-Encontramos huellas de pisadas en la nieve junto al lago -dijo Budford señalando al monstruo-. No eran huellas humanas. Recordé entonces lo que me había dicho usted... Registramos la maleza y los monstruos estaban allí. Matamos a dos de ellos. Otros dos huyeron entre los árboles hacía la carretera. Por cierto, ellos nos mataron tres hombres. ¿Ha visto usted un proyectil como éste alguna vez?

Arch cogió el objeto que le tendía el oficial.

-Parece una flecha -dijo Budford.

Pero no era exactamente una flecha, sino un pequeño arpón de unas tres pulgadas de longitud. En la parte posterior tenía una pequeña asa, probablemente para atar un hilo delgado y fuerte.

Era un arma adecuada al ambiente en que se desenvolvía la vida de aquellos seres extraordinarios.

Unos minutos más tarde, Aren mostraba el pequeño arpón al vicealmirante Hassell.

-Me pregunto -dijo Hassell- cómo nos verán ellos a nosotros.

En este momento llegó el camión que conducía el cadáver del primer monstruo encontrado en el lago. El profesor Weber se acercó, tomó el diminuto arpón y sacudió la cabeza.

-¿Dónde lo encontraron?

-Son los proyectiles que disparan las armas de esos monstruos... esos reptiles según ustedes -contestó Arch.

Del hotel salían los soldados llevando el cadáver del monstruo muerto.

-¿Qué es eso? -exclamó Weber-. ¿Han cazado a otros reptiles?

-Acabamos de matar al último ahí dentro.

-El comandante lo liquidó -aclaró Hassell.

Weber clavó sus agudos ojillos en la cara de Arch.

-¿Quiso terminar el trabajo de exterminio que comenzó ayer en el mar,

no es eso? -insinuó.

Arch sacudió la cabeza.

-Lo que usted llama «trabajo de exterminio» no ha terminado todavía. No ha terminado para mí, ni para ninguno de nosotros. Apenas acaba de empezar. Este mundo tendrá que sudar sangre antes de destruir la nueva amenaza que nos acecha desde el fondo del mar. Y cuando limpiemos nuestros mares... tal vez tengamos que subir allá arriba para acabar con los que queden en su planeta.

Arch Miles levantó los ojos. El disco bellamente azul del planeta errante estaba subiendo por detrás de los picos para escalar el cielo estrellado.

Los hombres guardaron impresionante silencio.

# Notas

[←1]

Aunque en España utilizamos la forma inglesa de la palabra, es la grafía utilizada en Estados Unidos e Irlanda.

[←2]

Es decir, en actitud muy cariñosa. No es un verbo muy común.